ISBN 978-987-88-7577-4

Poemas esenciales

Armando Riccioti
Daniel Winer
Enrique Rusconi
Ana María Cameira
Carlos Polari
David Lesser
Herminia Ruiz
Guillermo Gerini
Patricia Inés Tosi
Luis Márquez
Mario Susso
Cesar Gody Alvarez
René Salamanca
Angel Manfredi
Ana Sosa
Manuel Guerra
Rodolfo Willimberg
Miguel Magnarelli
Raúl Molina
Orlando Navarro
Gabriel Porta
Manuel Álvarez
María Eugenia Irazusta
Daniel Bendersky
Miguel Ángel Spinella
Sofía Cardozo
Américo Eiza
Hugo Garelik
Juan Telmo Ortiz
Eugenio Cabib
María Ortiz de Satuto
Antonio Satuto
Jorge Andreani
Enriquito Imhoff

Con el arado atado a una estrella

Enrique Moreno

Poemas esenciales: con el arado atado a una estrella
2a edición revisada y corregida.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2023.

Libro digital, PDF.

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-88-7577-4

1. Biografías. I. Título.
CDD 809.1

Palabras preliminares

Este poemario de Enrique Moreno tiene un norte, y un hilo que lo enlaza, que son los mártires del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina y su JCR en la lucha contra el golpe de Estado de 1976 y en los años de resistencia y lucha contra la dictadura genocida que asoló nuestra patria entre 1976 y 1983.

Enrique titula con certeza a esta obra *Poemas esenciales*. Porque esenciales son estas 34 mujeres y hombres como ejemplo para todos los que siguen en la pelea cotidiana para terminar con las injusticias de este podrido sistema con “la tormenta liberadora del futuro” como dice uno de estos bellos y profundos

poemas.

Enrique Moreno es, ante todo, un comunista revolucionario orgulloso de su Partido, que entre sus múltiples actividades, resalta aquí como un notable escritor, que sabe calar hondo, con gran riqueza de lenguaje, para entregarnos poemas que son semblanza, testimonio y ejemplo de estos mártires, mojones insoslayables de la larga lucha por la revolución en la Argentina.

En estos poemas vamos a poder conocer un poco más a estos hombres y mujeres, sus orígenes, su ingreso al camino de la revolución, así como momentos claves de la época, el mundo y nuestra patria en la que estas y estos comunistas revolucionarios fueron protagonistas de la lucha antigolpista y antidic-

tatorial en la Argentina.

Desfilan en estos versos con lenguaje crudo "las sepulcrales manos de los verdugos/ listos a derramar la sangre de los argentinos", y la enorme valentía, templanza y firmeza de estas y estos queridos camaradas ante los enemigos de clase.

Estos *Poemas esenciales* de lectura imprescindible que nos presenta Enrique Moreno son, en su conjunto, un homenaje esperanzado a mujeres y hombres con "el arado atado a la estrella" de la revolución.

Invitamos a sumergirnos en estos justos y hermosos poemas, para reafirmar las convicciones que nos transmite Moreno en este camino revolucionario necesario y posible, y "seguir andando" en esta senda, de la mano

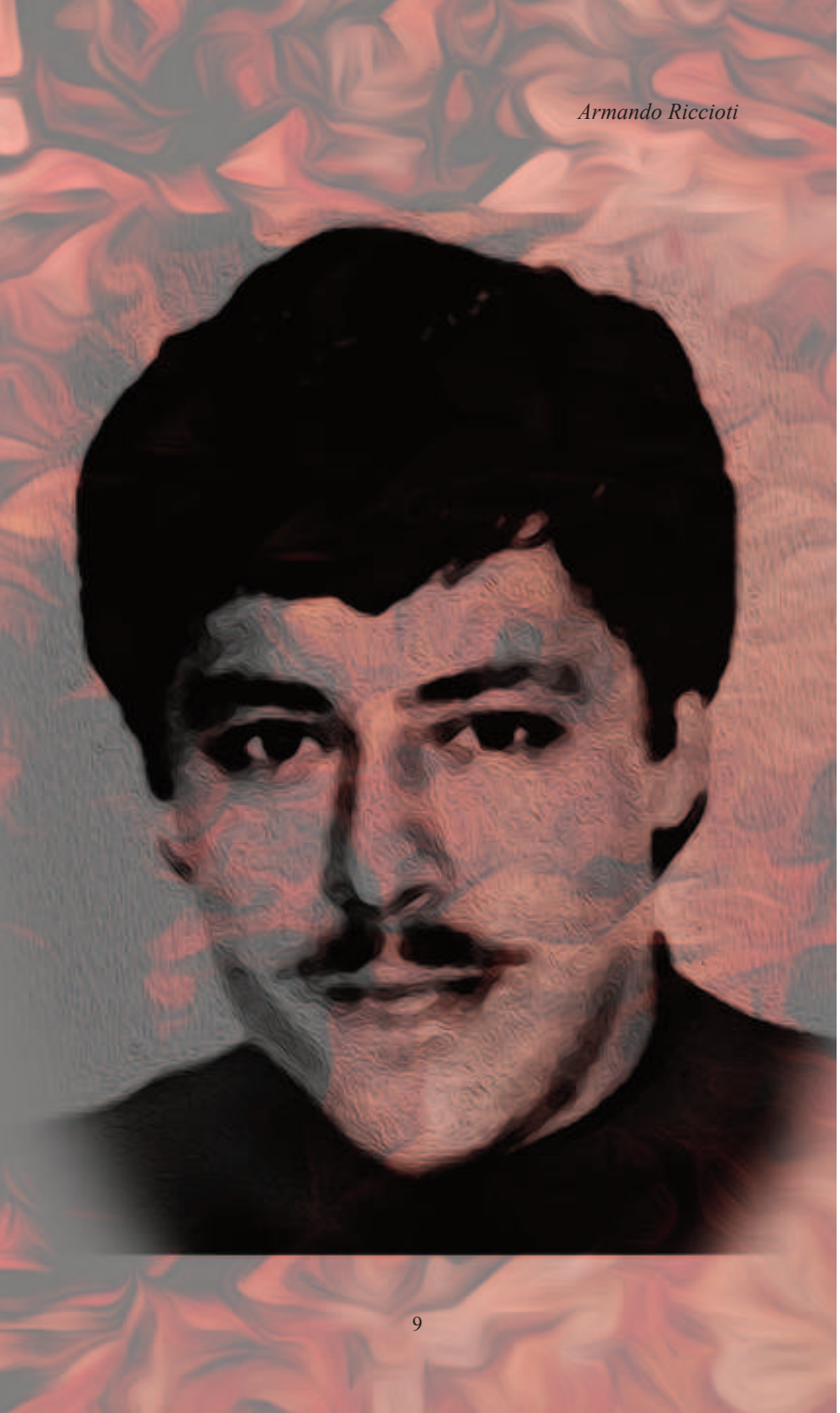
de estos 34 mártires, de los que “asimos sus nombres como espadas”, porque como diría Atahualpa Yupanqui “y en nosotros nuestros muertos/ Pa que nadie quede atrás”.

Germán Vidal

Con el arado atado a una estrella.[1]
Para nosotros el arado son las masas
y la estrella es la revolución.

Jacinto Roldán
Sec. Gral. del PCR
2022

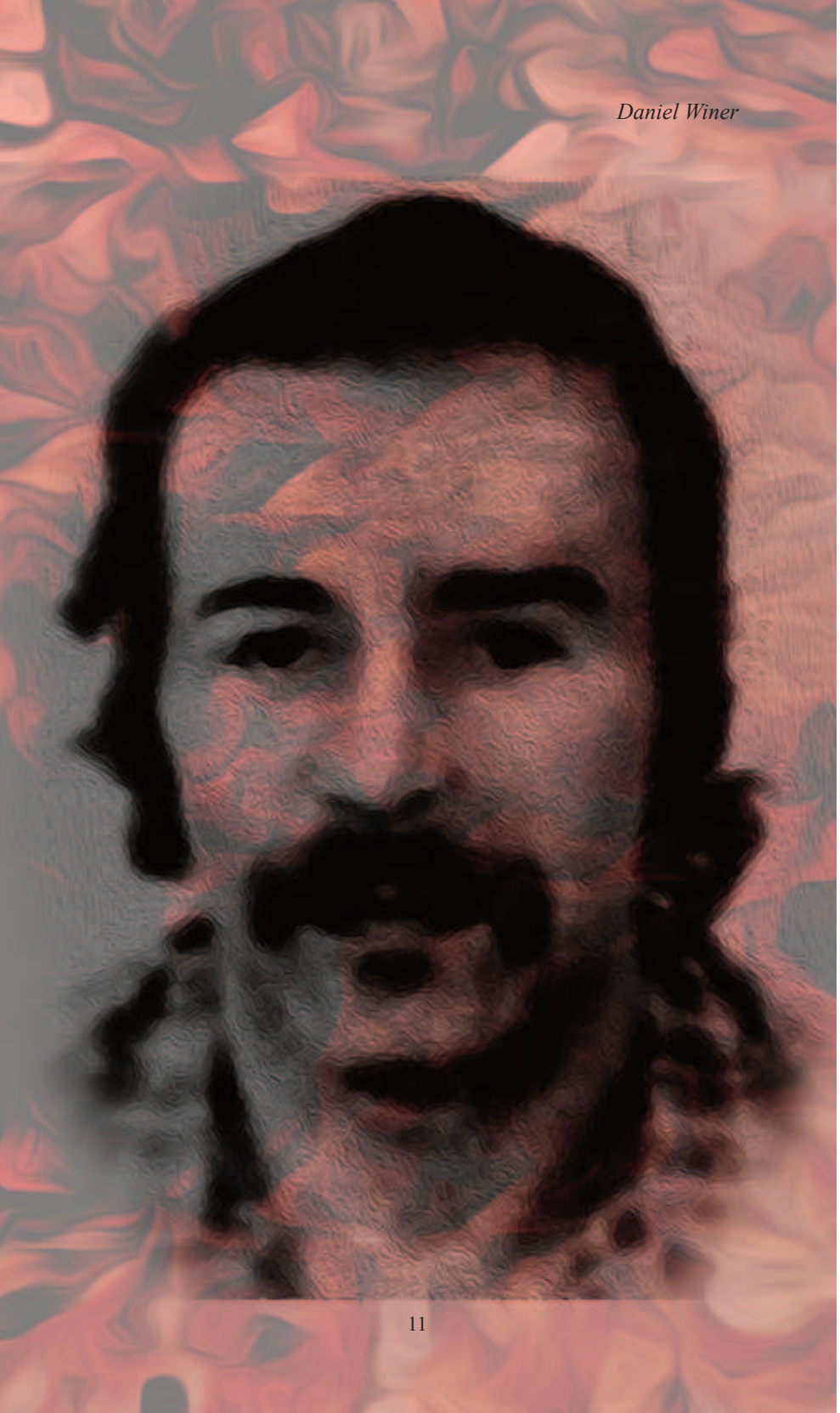
1 *“Si quieres arar recto, ata tu arado a una estrella”*, aforismo español.



Armando Ricciotti

(Primer mártir de la lucha antigolpista, asesinado el 10 de octubre de 1974)

¡Ah, la herida! Libera el gatillo el plomo
y en tu bermeja carne deja el revolver
la muerte en una cápsula ardiente.
Sobre aquel asfalto negro donde caíste,
vuelvo mis ojos a buscarte mientras
el mismo esbirro eléctrico te golpea sin descanso
y te arrastra a la deicida sombra de la cárcel.
Un lúgubre puño anuncia en la vereda
de Castelli y Sarmiento que es la última hora,
la herencia última, el legado tan puro de tu vida
en ese escaso instante de estandartes.
Y te recojo al alba, y el corazón te llora
sin consuelo, y acampa tempestuosa tu bandera roja
entre los ojos, las lágrimas, los labios, las sonrisas
de nuestra augusta muchachada combatiente.
Antes que el alba en apacible cielo se presente,
víspera citadina del sol en desbandada,
surges de entre todos los verbos sustanciales,
llamas al futuro y eres escuchado en todas direcciones.
Aquí estamos los que asimos tu nombre como espada,
lo lucimos de nuevo día a día, sin mayores promesas
que aprender de todas y cada una de tus convicciones,
para llevarte vivo al fragor de la próxima victoria.

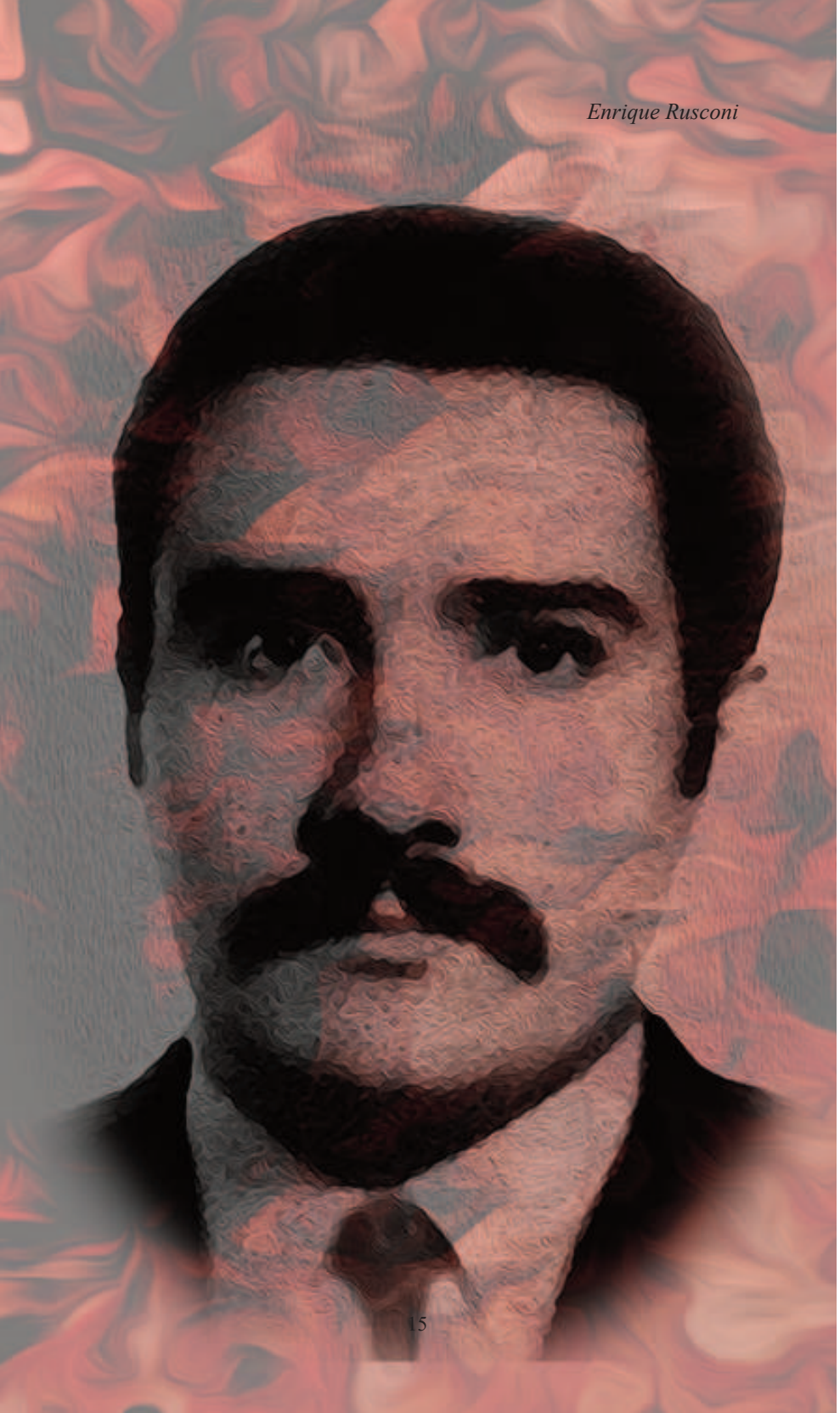


Daniel Winer

(Mártir de la lucha antigolpista, secuestrado y asesinado el 29 de noviembre de 1974)

Yo lo recuerdo entonces,
noviembre se volvía lluvia
en víspera de viernes
y el sol infortunado
inspiraba el agobio citadino.
Iban los otalaganos reptando de animal
sus maldiciones y adjetivos
dándole sustento a los golpistas.
Claro que te recuerdo,
toda tu humanidad en línea recta.
Cada día, la voz y la palabra.
Y no es tan solo tu recuerdo
el que aquí traigo. Fue tu combate,
tu manera a mares de mostrarte
contra aquellos asesinos.
Bajo los túneles, tu caliente membrana
late estupendamente roja
y antes de la muerte,
de pie ante el misterio,
tu coraje es el legado eterno.
Dije encendido adolescente:
¡Abre la puerta, madre, déjalo ir!
cantando a la intemperie
lo que vino a decirnos
desde un sótano implacable!
Importa y mucho ese momento pródigo

al morirte luchando, lo sabemos,
lo palpamos en las intimidades,
tanto de fósforo como de lágrima,
de tu condición humana que perdura
y llevamos honrosos sobre las espaldas.



Enrique Rusconi

(Mártir y héroe de la lucha antigolpista, asesinado el 7 de noviembre de 1974)

Tú eres un héroe. Sí estamos aquí
te lo debemos. Eres ante todo
el coraje comunista. Todo el futuro
se concentra en el exacto espacio
de tu temprana muerte y emocionados
lo asimos entre las muchas manos
de quienes cosechamos tu humana siembra.

Tu sangre está en Tolosa,
intacta e inquietante como entonces.
Tu sangre y tus ideales,
porque como se ha dicho y repetido,
por tu sangre fluían tus ideales
y por ellos diste generoso tu sangre.
La sangre se mezcló
con las magnitudes de la lágrima
y de ella surgió una fuerza vigorosa,
una raíz viva de legítima esperanza.

Estoy mirando esa raíz ahora,
en este instante de dudas y acertijos
busco en la tierra negra que alberga
la pura materia de tu compacta osamenta,
la lámpara enterrada que ilumine
la implacable lucha revolucionaria.

También veo tu tormento
como una luz morada
amarrada a la cintura
de los nuevos combatientes
que palpan tu coraje
en la noche caliente.

Tu ejemplo renace a cada instante
de todas las maneras,
como bandera,
como grano,
como arcilla,
como verso,
o simplemente como piedra,
como llama áspera de piedra.

Esta fue la historia:
La lucha antigolpista cavaba dos trincheras
y en una estabas vos enérgico y seguro:
"Otro 55 no pasará" y luego,
mientras las voces eléctricas sacaban
de los papeles las consignas,
se escribió en las paredes
"contra todo golpe prorruso o pro yanqui".
Estaban desenfrenados los matones,
y Calabró, pequeña rata de la muerte,
esperaba su Videla entre las mugres
de la madriguera de su traición golpista.

Fueron al alba a asesinarte,
a las cinco y treinta de furia y arrebato

fueron con los martirios afilados.
Una jauría de golpistas esa mañana de diciembre
golpeó a tu puerta. Y en el amanecer decembrino
tu querida presencia resplandeció de golpe
iluminando los arrebolados horizontes.

Las temblorosas manos del verdugo
quisieron ultrajar tu humanidad
y condenarte así, a quemarropa,
frente a tu esposa, a tus pequeñas hijas,
ante los negros ojos de hombres y mujeres
que vieron tu muerte como su propia muerte.

Sonó tu voz amanecida y fuerte,
una demanda de látigo salido
de la arteria íntima del pueblo,
por donde circula la sangre indestructible
de todos los proletarios.
"No son policías", exclamaste,
"son rusos, son rusos"
y en esas pocas letras,
en esas palabras imborrables,
salvaste al Partido de todas las aniquilaciones.

Tu heroísmo fue citado como el hierro,
como la sal de los metales prodigiosos,
tanto como la magnitud de las banderas primigenias.
Allí perduras en tu propia y permanente aurora,
para referenciarnos en tu ejemplo
en los avatares de la lucha de clases.
Eres Rusconi. Enrique es tu nombre, y está todo dicho.

Ana María Cameira

Herminia Ruiz

David Lesser

Carlos Polari

Ana María Cameira
Herminia Ruiz
David Lesser
Carlos Polari

(Mártires de la lucha antigolpista, asesinados el 13 de mayo de 1975).

El 13 de mayo de 1975, cuatro jóvenes hacían una pintada en la esquina de 17 y 42 por la libertad del compañero Horacio Micucci, detenido el día anterior. Eran las 11 de la noche, alcanzaron a escribir la palabra libertad… El miércoles 14, sus cuerpos aparecieron acribillados en Berisso, camino a la playa La Balandra.

Ciudad de La Plata, desdichada esquina
de los sacrificios. Allí establece la muerte
su clandestino privilegio. Hay una eucaristía rota
que los verdugos reparten entre palabras hostiles.

La noche es excavada hasta el tuétano blanco de la luna,
y en el cuenco azul del cielo inmaculado
cuatro estrellas de jóvenes marfiles
se amortajan de pueblo contra las injusticias.

Los cuatro mártires de la noche de mayo
se sumergen en el yacimiento de la gloria.

Aquí, en el sobreviviente territorio del poema,

se palpa el espacioso vacío de sus últimos cuatro latidos.

Sístole.
Sístole.
Sístole.
Sístole.

La sangre hunde su gota roja en las arenas,
vivo cristal bermejo de la carne. La madrugada
es un racimo huraño y muy oscuro.

La valentía no desmaya, se agita en íntimo sacramento
y se repite en lágrimas y sonrisas de los recién fusilados.
Una luz descubre las ascéticas siluetas
y suena el viento membranoso su sepulcral sonido.

En letras encarnizadas, en la pared blanca,
queda escrita la palabra ¡Libertad!
No como lamento, tampoco como ruego
si no como el grito extendido
en aquellos días de lucha antigolpista.
¡No pasarán! ¡No pasarán!
Los golpistas no pasarán.

(Horacio está en su celda
y el odio de los carceleros
fermenta alrededor suyo
un hedor espeso).

Son cuatro momentos de la patria,
la patria purpurada, sangrienta.

La patria en el campamento de los lobos.

Son cuatro empeñosas lámparas.

Son cuatro nombres germinales:

Ana,
Herminia,
David,
Carlos,

cuatro sustancias liminares,
auroras arenosas,
penetrantes estrellas,
fragores y tormentas,
relámpagos azules,
en el empeñoso Berisso proletario,
camino a La Balandra,
donde el agua hurga el misterio
de este fatal momento
con su dedo de espumas
bajo el coágulo violeta de la luna que se alza
sobre el vapor apresurado de la madrugada.

A este tiempo los devuelve la memoria
cuando algunos anuncian el fin implacable de los tiempos.
¡Ha muerto el comunismo! Gritan
¡Ha muerto el comunismo!
Y no comprenden la indestructible sustancia
de la lucha de clases.

Los cuatro nombres suenan
a la intemperie de la pólvora.

Ana,
Herminia,
David,
Carlos.

No son cuatro retratos entre letras,
ni el misterio de un talismán gregario,
son el más humano de los materiales,
la efervescencia de los estandartes rojos
de los tempestuosos comunistas.

Así los veneramos y los convocamos
entre nuestros pabellones tutelares,
un día y otro día,
un mes y otro mes,
un año y otro año.

Y sobre las paredes blancas escribimos una y otra vez,
uno y otro día:

¡Libertad!

¡Libertad!

¡Libertad!

¡Libertad!

Guillermo Gerini

(Mártir de la lucha antigolpista, asesinado el 13 de mayo de 1975)

Mes de mayo.
No cunde el frío entre los patios.
Va de labio en labio tu palabra,
tu verbo de estudiante y comunista,
de hermano del obrero, repitiendo a cada paso
esta es la lucha antigolpista.

No pasarán.
No pasarán.
No pasarán.

Es mayo, subterráneo,
ya sabes de los muertos camino a La Balandra,
de la invencible palabra estampada en la pared blanca: ¡Libertad!

A tu espalda toca el rayo de la bala.
Caes en silencio en el camino.
Tu cuerpo se desangra.
Allí se mezclan la sangre con el polvo
y surge una bandera indivisible.

Ya estandarte, flameas por encima de los tilos
que derrochan su sombra platinada.

Luego, la sal madura tu osamenta

tan blanca como el pan, como la luna,
y del hondo amasijo de la arena
se abre paso la lágrima a terrones.
La lágrima y el odio se entrelazan
y surge de ese abrazo indestructible
una indomable decisión de lucha.

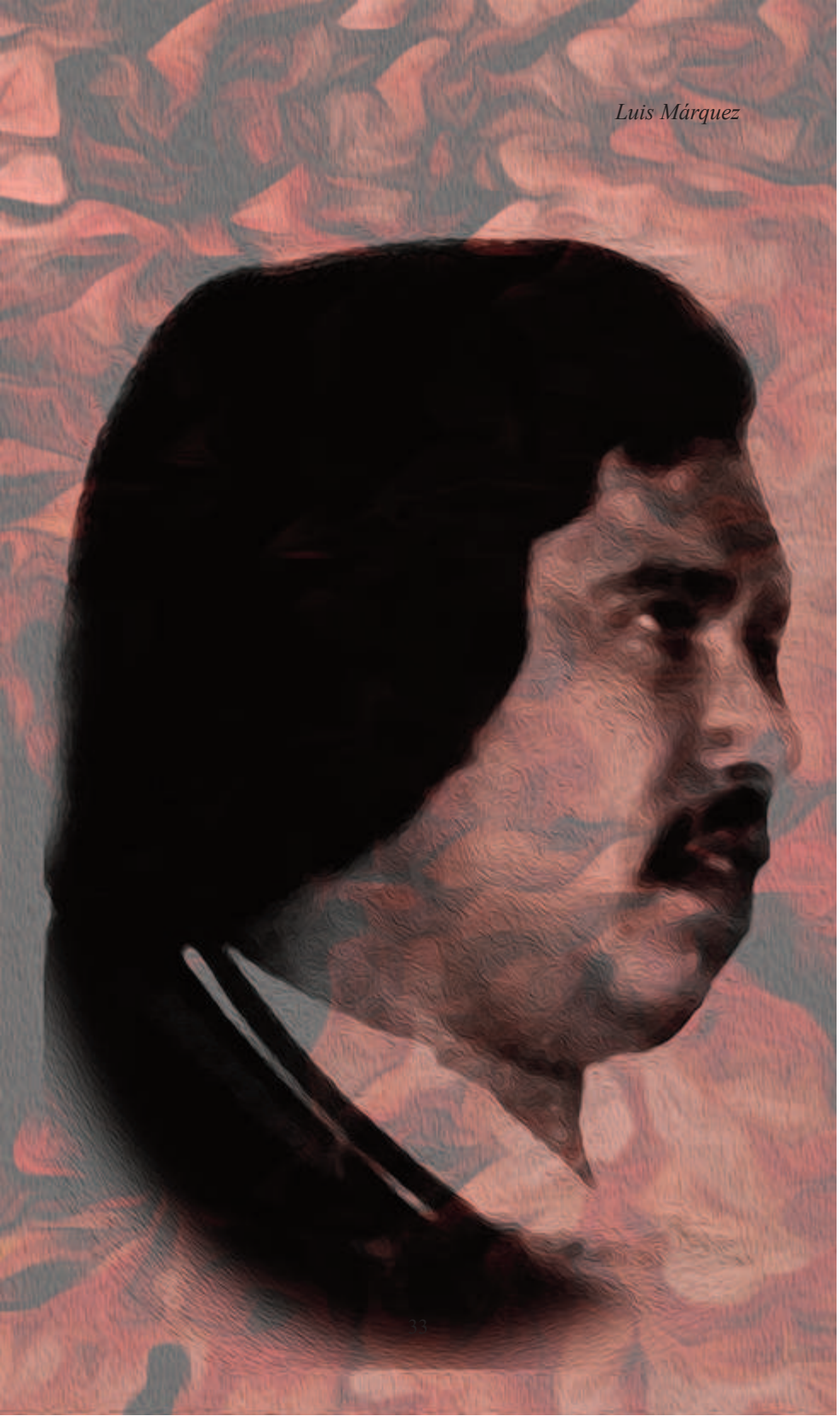
El pueblo te recoge Guillermo hecho semilla pura,
hallazgo del sudor y de la carne
en el breve espacio de tu tumba,
y brotas allí como la buena espiga
que día a día se derrama noble por la tierra.

Somos el linaje de tu sangre derramada,
somos tu forma de galope, tu intransigente cicatriz
humana entre tantos dolores y algunas alegrías.
No te olvidamos. Somos memoria.
El interminable hallazgo de tu renacimiento.

Patricia Inés Tosi

(Mártir de la lucha antigolpista. La decían "Truca". Secuestrada y asesinada el 17 de junio de 1975)

Truca, extrajo el Cordobazo tu rebelión temprana,
y alzaste los rojos estandartes de los comunistas
en las arreboladas canteras de los estudiantes.
Allí fuiste tumulto y luz crujiente cuando la lucha antigolpista
te llamó a la primera línea del combate.
Tu corazón fue comunero latiendo inagotable,
y fue tu sangre joven un manantial sonoro
corriendo subterráneo por las calles de Banfield.
Te asesinaron en junio, en una noche que se llenó
de sílabas negras, sofocantes. Eres desde entonces
invencible relámpago, luz indomable,
furioso pétalo orgulloso, y te nombramos
en toda la geografía de la patria, entonando
el caudaloso himno de los proletarios.



Luis Márquez

(Mártir de la lucha antigolpista, secuestrado el 28 de octubre de 1975 y desde entonces desaparecido)

Joven obrero. Supiste del metal azul establecido
y en él, el secreto del fuego que te fue rebelado.
Tu oficio fue en Transax tu distintivo,
tu clandestino diploma de clasista.
Córdoba estaba más proletaria que nunca y
congregaba los verbos aprendidos en el Cordobazo.
SMATA era la gloriosa avanzada del clasismo
y mostraba su corazón indestructible.
La carta de Salamanca a los obreros
era leída sílaba a sílaba entre las turbulencias
de los rudos debates asamblearios.
Octubre se anunciaba en el incendio
de la conspiración golpista. Fatal octubre,
el espectro del verdugo marcó su huella.
Te vieron en esos iracundos días
hecho la mismísima bandera de la patria,
convocar sección por sección
contra el golpe prorruso o pro yanqui.
La insurgencia de los matarifes afilaba cuchillas
y los chacales de uniformes verdes
estaban listos a devorar al pueblo a dentelladas.
La plusvalía te enfrentó como una harpía combatiente
llamando al golpe de Estado.
Cuota diaria de la muerte, gota a gota
la sangre a golpe de metales
aportaba a la riqueza de los señorones

que esperaban el día de su perfecta venganza.
Marzo parecía lejano pero, colérico, el genocidio
preparaba su momento de pólvora y picana.
Fuiste de la legión de Salamanca,
de Gody Álvarez, de los comunistas revolucionarios
¡de los jóvenes comunistas revolucionarios!,
con tu firmeza nos nutriste a todos,
tu valentía fue definitiva. Estás ahora
en las tormentas nuevas, águila,
galope, espiga, voces, bocas; brazos
te enarbolan en todos los senderos de la lucha,
y lucen tu legado como el más dichoso de todos los mandatos.
Volverás en los jóvenes, implacable
y serás el amanecer del nuevo hombre.

Mario Susso

(Mártir de la lucha antigolpista, asesinado el 20 de marzo de 1976)

De pie, surco y metalurgia en tu camino
desde las aulas a la dicha de la lucha
y a pesar de tus heridas repartidas
en las puras regiones de tu cuerpo,
diste envergadura de bandera a tu juramento
de joven comunista a los pies de los Andes.
Tu pueblo unió el coraje y el metal,
los hizo hermanos en la epopeya
sanmartiniana de la independencia,
y vos, hermano entre todos los hermanos,
hijo indomable a la edad de las hazañas,
asiste el pendón rabioso de los libertadores
y poblaste de lucha antigolpista
las horas de ese marzo huraño de tinieblas.
Hoy vuelves desde las infinitas vides,
de los temblores del agua que baja clandestina
de la reunión del cielo y de la piedra,
del llanto de la noche en la copa de los árboles,
de los senderos ardidos por el viento zonda.
Y te recibimos como a un padre, como a un hijo,
un catecismo rojo indispensable,
el amor de hoces y martillos
que reúnen el porvenir con el pasado
y vuelven en frutos todas las promesas.
Eres el privilegio de la mejor semilla,
la furia germinal de los nuevos revolucionarios

que pueblan en alpargatas el futuro de la patria,
cantan los himnos proletarios y palpitan
la tormenta liberadora del futuro.

César Gody Alvarez

(Detenido-desaparecido por la dictadura en abril de 1976)

Tío Antonio, tú le diste tu nombre
y su sangre se llenó de España combatiente,
de ese modo estableció su futuro.
Mientras las procesiones fascistas
pendían de sus cruces las tumbas de los fusilados,
tú le heredaste la pólvora inicial,
la tentación de la palabra exacta
y la fuerza singular que en futuro
llevaría por nombre Cordobazo.

Hijo de la pequeña Bolívar,
en ella la patria era una promesa
de tierra fértil y dorados trigos
de resplandeciente luz compacta.
De allí partiste, sin reproches,
bajo una espléndida aurora que prometía
seguir tu sombra a todas partes,
como un fuego rosado, indispensable.
Puro y profundo perfume del rocío
en tu partida en la mañana;
en la unidad de ese rocío,
gota a gota era esperanza de otro mundo.
En tu pequeña valija iba el futuro
de una magnitud desconocida
junto a la indispensable materia de lo humano.
Y así llegaste a Buenos Aires,

la ciudad de la luz y el amasijo
de barro rioplatense, del tango
que bailaste y el fútbol y el boxeo,
y abundó tu músculo la medida exacta
de una fuerza generosa e indomable.

***

Conociste la cárcel. Estaban los comunistas,
fieros como el dolor y la alegría,
juramentados de la libertad y la revolución;
estaban los metalúrgicos que portaban
las viejas rebeliones de los proletarios,
y estaba Pugliese, del yacimiento de la música
se elevaban los corazones por encima de todos
los prejuicios, y sonaba como la lámpara implacable
el tango sublime de su piano.
Fue cuando estabas en la cárcel 16 de septiembre de 1955
que cayeron las bombas en la Plaza de Mayo,
la patria fue sangrada golpe a golpe
del metal ardiente hundiéndose en la carne
de hombres, mujeres y niños inocentes.
Fue una lanza de fuego, el rayo
de una pólvora caída desde las alturas
bajo la invocación de Cristo Vence,
fue el odio visceral de los golpistas. La muerte
amontonada en trozos pobló la escena
hasta que llegó el clamor de los que pedían castigo.

***

En Las Cañitas fue tu estancia
inicial. Barrio de bulevares,
de altos eucaliptos buscando
sus raíces el caldo cardinal
del Arroyo Maldonado,
donde el cielo despeñado en nubes
buscaba los límites precisos
de las minúsculas llanuras aledañas.
Fue en esa geografía citadina
que comenzaste tu militancia comunista.
Allí te nutriste de todas las alegrías,
de todos los dolores proletarios,
y fuiste el puño en alto, la sonrisa perfecta,
la mirada en el otro, la forma de la patria
repartida en cada hombre, en cada mujer,
en cada obrero, en cada obrera;
fuiste las mejores palabras, la fértil paciencia,
la tenacidad permanente. Y se forjó tu temple
con el rigor de la piedra inagotable
y la severidad del yunque. Estabas listo
para la lucha profunda e iluminar con tu luz
humana todas las esperanzas que tocabas.

***

Fue el cristal y el hierro,
el sueño recostado en la esperanza,
la materia desnuda del hombre nuevo.
¿Qué, sino la revolución,
la patria entre dolores,
la suma de todas las historias

de todos los explotados,
era la verdadera respuesta?
La tierra estaba preñada de verdugos:
fueron las bombas sobre los indefensos
esa horrible mañana de junio,
y el golpe de Estado trajo la pólvora,
el látigo y las cárceles con sus centuriones
bajo unas cruces talladas en colmillos
que lucían su ¡Cristo Vence! ante los ojos de los humillados,
mientras los "libertadores" de uniforme y levita
bebían del cáliz de los martirios el puro whisky
de los vencedores.

Fueron los años en que se apagó la estrella,
la lámpara de Octubre fue enterrada,
la raíz de Octubre fue arrancada entre sangres.
Octubre fue pisoteado, roto, y en las hondas
sepulturas de los combatientes
se arrojaron los estandartes más gloriosos.

Había muerto Stalin.
Jruschov, abominable cerdo,
alzó el pendón de los revisionistas.
La furia de la burguesía ascendió al poder
y erigió falsas estatuas a nuevos zares
gozosos en sus dachas construidas
con la argamasa de la plusvalía de obreras y de obreros
que vieron derrumbarse el baluarte de los comunistas.

Aquí, traicionaba Frondizi sus promesas.
Pero tu voz, César, no perdió soberanía,

alta tu voz, fue la pregunta, la duda, la certeza,
la levadura de la extensa geografía de la lucha,
la espina en la blandura, la estrella en la dureza.

***

Hasta que llegó Cuba, victoriosa.
Negros, mulatos y fusiles, altas cañas de azúcar,
"flor espumosa, efervescente azucena escarlata, jazminero"[2].
Fue la revolución hablada en castellano,
fue "Che" hasta los tuétanos y hubo Cienfuegos
hasta la trémula selva de vientos esmeraldas.
Desdijo al cerdo en sus propias narices
y el yanqui bandolero mordió el polvo
en la serpentina noche de Batista.

***

Esta fue tu levadura, en la pulpa de tu coraje
la insurrección de un pueblo estampó su majestad
incomparable. Nada fue como antes.
Hermanos, él recogió la mejor semilla,
vino del Che en un torrente, sin confusiones,
cierto de banderas hasta las raíces mismas
de la historia obrera. No fue ya una ilusión
ni una promesa, fue todo certeza,
bajo el cálido cielo de la gloriosa Cuba.

2 Pablo Neruda

***

El onganiato fue el nuevo nombre de la dictadura,
en el garrote fundamentó la palabra.
Muerte fue su mandato, muerte al obrero,
al campesino, al estudiante, al comunista.
Enjambre de muertes hacia los cuatro puntos cardinales.
Y en la muerte establecida, la pólvora se fue secando
en cada socavón de la patria. Un polvorín
se resecaba en los martirios y amarraba
la historia al estallido de frenéticos fuegos
y la encrucijada de los fríos metales. Un polvorín
bajo los pies del onganiato. Y ungían la extensa rebelión
los nombres de Vietnam, de Cuba, de Mao.
La rebelión no solo marcaba la agonía del tirano,
corroía también la entraña del viejo partido comunista.

***

Tromba perdida en la sierra
jamás se podrá olvidar,
es la guitarra del pueblo
se convierte en madrigal.
Atahualpa Yupanqui

Noche en Ñancahuazú, noche infinita.
La selva era una sospecha verde
que tallaba en barro su geometría
de corazón de savia frenética y caliente.
En el cielo, una blanca cicatriz de cuarzo
derramaba la agonía de la luna entre los cerros
que bajaban al río como bestias a beber el agua.

Entonces reposaba su empeño, fusil en mano,
jadeando el asma empecinado.
Manila no responde, Manila calla.
¿Hubo peor silencio que aquel agrio
y ennegrecido silencio de Manila?
La suerte fue pactada en escritorios.

Señoritos de trajes ostentosos y lustrosos zapatos
firmaron tu condena luego de persignarse
-la CIA es santuario de los genocidas-
y Monje fue el testigo de la sentencia pactada.
Allí te abandonaron para que el yanqui te mate.
Manila no responde: tu extensa muerte
fue palpable hasta en las arenosas tierras
de la sierra y en la latitud portentosa de los ríos.

Quedó tu sangre vibrante en La Higuera
y fue semilla hilándose con la pulpa de los minerales,
con el martirio de los metales machacados,
con las espumas verdes de las selvas calientes,
con las nevadas crestas de los rudos macizos de los Andes,
con la unidad del viento huracanado,
en todas la prodigiosa vastedad
de tu amada América Latina. Venas abiertas,
la sangre milenaria en un instante tuya,
se hizo cosecha en toda la geografía humana.
Los campesinos te hicieron su proclama
y los obreros su universal reclamo justiciero.
A ti fueron los prodigios de osamentas ancestrales
que al galope llegaron a cubrir tu cadáver,
y te enjuagaron las lágrimas Micaela y Bartolina

lavando tu herida fresca aun fosforeciendo
en una mancha roja y tumultuosa.
Ojos abiertos, bien abiertos para observar
el desbordante porvenir que mujeres y hombres
construían sin importar fronteras ni linajes.

Tu nombre se estampó en las banderas
de todos los pueblos y todas las naciones,
y fermentó la luz de las revoluciones.
La palabra "Che" fue el perfecto talismán
de los desamparados, soberanía de la nueva palabra
que conjugó en las barricadas todos los corajes
en la promesa hasta la frontera del Hombre nuevo.

Y Gody recogió tu ejemplo,
hizo de él, el combustible germinal,
inagotable, el polen rojo,
la sustancia incesante de la lágrima y la risa,
esencia de lo humano y necesario.
Ya estaba listo para responder a esa pregunta
que gritó Otto Vargas en nombre
de una rebelde multitud de jóvenes:
¿Por qué no se quiere discutir?

***

Las banderas fueron rescatadas, 6 de enero de 1968
la hoz de las hogueras,
del temblor el martillo.
De la charca de los revisionistas
surgió el yunque nuevo y majestuoso

capaz de soportar el golpe más artero.
La ronca voz de Babef salió a la intemperie
y se hizo oír desde el metal del pueblo.
Marx recuperó su nombre y Engels,
a su lado, repuso la magnitud
de la revolución proletaria. Con Lenin,
el viejo corazón del mundo volvió a latir de otra manera[3]
Y estaba Mao, echando las raíces más profundas
entre los hambrientos pueblos oprimidos.
Los que habían renegado del marxismo
fueron echados a un lado. En el arrabal de la Historia
chapoteando sus pústulas, de rodillas,
balbucearon excusas de odios y lamentos
sobre una epopeya que no los reconocía.
"Tomad", dijeron, "este es el Partido,
la nueva casa de los oprimidos,
el territorio puro de los revolucionarios,
este es el PCR". Una raíz torrencial Partido Comunista Revolucionario
lo aferró hacia el futuro, hacia el fuego
venidero que encendería la pólvora
reseca en Córdoba, en Rosario, en Corrientes,
en Tucumán, en Roca. Se escribió por vez primera
la palabra esperada, "Argentinazo",
y la insurrección se esbozó como el fuego perfecto
bajo el augusto cielo de la patria oprimida.

***

3 Pablo Neruda.
"Estoy convencido de que la revolución en Argentina va a

comenzar por Córdoba. Quiero ir a Córdoba."

Córdoba fue tu destino

Córdoba era un caldero, fuego
vertiginoso de la lucha de clases,
un puro galope en la llanura que devoraba las horas
resecando la pólvora bajo aquel firmamento
iluminado de anhelos y rencores proletarios.
En las secciones, en las aulas, en las pensiones,
dejaban los debates frenéticas semillas
que en tempestuosas letras entraban
en la tierra desnuda hasta el milagro
y nutrían la rebelión hora tras hora.
Revolución, revolución, la palabra
deslumbrante, con su brutal dulzura,
su granito palpable al alcance del sueño
de acabar con la explotación del Hombre por el Hombre.
Y sonaba tanto de garras y sonrisas,
era una música amarrada al pecho
como una espiga nueva, prometedora.

Se oía andar el movimiento, se lo palpaba,
atolondraba esas voces que se hacían más fuertes;
voces que iban de la empeñosa fábrica hasta las aulas
donde los estudiantes en muchedumbre
hacían de la furia su magnífica promesa revoltosa.

La dictadura supuraba su odio
y se untaba en sangre a culatazos,
repitiendo por radio el estiércol de sus amenazas.

"Habrá estado de sitio", proclamaba,
y "cárcel tenebrosa para los insurrectos",
y habría balas que sobran durante las dictaduras.
Capitanejos preparaban sus picanas
y otros, más podridos, sus homicidios planificados.
Pero la rebelión se hacía innumerable
por donde se la palpara. Se organizaba el odio
de un modo torrencial, indestructible.
A esa Córdoba llegó Antonio, exacto,
fuego entre los fuegos, ardiendo
su hoguera verdadera de razones
para darle al incendio la forma más perfecta.
En una pequeña valija una muda de ropa,
su perramus, que iba con él a todas partes,
y unos pocos libros necesarios.
"Vengo por el Partido",
así se presentaba a los compañeros,
y organizó el Partido sin desmayos.
Él era la decisiva sustancia del Partido,
la inteligencia colectiva sin ninguna arrogancia,
también la sangre recuperada de los héroes anónimos,
sonriendo aquí y allá, sonriendo siempre
entre las banderas que alzaban
los comunistas revolucionarios
en todos los confines de la patria.

***

Tocamos el metal y la mecánica
para recuperar la historia. En el territorio
del clasismo surgió Salamanca,

intacta bandera, fortaleza en la piedra del pueblo
que te dio su canto, su certeza pura, su dominio.
Y al lado de René Rufino, estaba Otto y estaba Gody,
¡ellos que llegaban a Mao por todos los caminos!

SMATA fue la mejor forma de la lucha obrera,
toda la ternura del fuego en la voz de miles
de obreros y al mismo tiempo, el silencio necesario
para andar la extendida geografía patria con la nueva
buena
y reposar bajo la copa verde de los árboles hirsutos
que alentaban al viento de este a oeste, de norte a sur.

Profunda y subterránea raíz proletaria,
regada por el viejo Lallemant cuando los comienzos.
Latitud de espinas, constelación de aguas,
raíz de la honorable roca en el irisado
humus dulce y suave de la pampa.
Congregaba el SMATA la memoria
de la lejana insurrección de Vasena,
la de los rurales de la Patagonia,
las huelgas de los portuarios,
la de los albañiles, la de los ferroviarios,
de todas las luchas proletarias
que salieron de las oscuridades
a las que fueron sometidas
a latir en la luz como una mancha de oro
irrumpiendo esperanzada cada nueva mañana.

***
En todo estabas, Gody, y todo estaba en vos.

Lo humano te era trascendente, la indiferencia
no cupo en tus alforjas. SMATA fue la lámpara
encendida, su fermentada luz llegaba en señal
del futuro prometido a todos los confines.
Por entonces los golpistas anunciaban
su carnicería y sonaban desnudos sus cuchillos.
Esparcían en pequeños coágulos sus amenazas
afilando en la osamenta de los asesinados
el insaciable filo de sus bayonetas.
La pólvora ensayaba su oprobioso fuego,
y el plomo traficaba la muerte en los zanjones.
Los nauseabundos fascistas enumeraban
los nombres de gusanos como futuros ministros
y alardeaban de sus capuchas negras con las que envolverían
la noble cabeza de los condenados.
Dólares, rublos, libras esterlinas corrían
entre las sepulcrales manos de los verdugos
listos a derramar la sangre de los argentinos.
Entonces la lucha antigolpista dividió la Patria.
Y el precepto repetido “no pasarán, no pasarán”
se escuchó en las asambleas tumultuosas del SMATA.
“Otro 55 no pasará”, “contra todo golpe
prorruso o pro yanqui”, fue el mandato del pueblo
que esperaba que no volviera su sangre
a regar el suelo de la patria. “Unirse y armarse
contra todo golpe de Estado, venga de donde venga”.
¡Venga de donde venga! La dignidad del grito
embanderó los caminos, los campos, las montañas,
y René Rufino y César Gody fueron los abanderados.

***

No pudo el pueblo derrotar el golpe,
los generales empuñaron la muerte
y tomaron la Patria por asalto.
Vinieron con todas sus muertes en la boca
y apilaron decretos de desapariciones.
Fueron los amos de la patria argentina.
Roedores de uniforme de insaciable carroña.
Babosas de almirantes, sus espumajos agobiaron
la joven carne con su septicemia. Masticando
la sangre los patéticos brigadieres amasaron
los cuerpos que arrojaban al mar desde sus aviones.

Las chimeneas de las fábricas fueron derribadas,
donde se forjó el acero se alzaron crematorios,
y en los antiguos sembradíos crecieron de la mala semilla
las tinieblas de los chupaderos. Las aulas se vaciaron
de toda juventud y en los campos de exterminio
los comensales devoraron la fresca la carne humana.

El pan se tornó amargo, su cáscara maligna
fue la pálida corteza de una miasma espantosa;
el agua pura volvió en mugre toda su trasparencia,
y un narcótico pútrido fue la santa eucaristía
que allí y allá traficó la agusanada curia.

Hermanos, aquella noche fue un mar negro
sobre nuestras cabezas y rondaban las ratas
devorando la historia a dentelladas. Royeron
el cuerpo de la patria hasta el tuétano puro
de su historia pasada.

El mismo día del golpe René fue secuestrado,
y Gody, en abril, fue desaparecido.

***

"Al igual que Salamanca, Ángel Manfredi,
Manuel Guerra, Ana Sosa, Miguel Magnarelli
y otros queridos camaradas de nuestro Partido
que enfrentaron la tortura con heroísmo,
Antonio no entregó ningún secreto del Partido.
Y si hoy muchos de nosotros estamos vivos
es porque todos ellos dieron su vida
para que el PCR siga existiendo."
Jacinto Roldán

Se llamaron Videla, Viola, Massera, Agosti
y de otros modos, los brutos carceleros.
Llegaron con furia de relámpagos
para morir sobre su propio estiércol,
mordidos por la Justicia verdadera;
allanados sus abismos, que aún tenían la sangre
de miles de argentinos, no fueron nada más
que mugre en el hediondo basurero de la Historia.

De esa edad de muerte, Gody, nos legaron
tu ejemplo. Toco aquí mismo tu bella calavera,
la amarilla magnitud de tu osamenta
en la que aún se conserva el vago golpe del río

Reconquista. Queda en el tuétano de tu coraje
una entidad indestructible, pétalo rojo,
una apoteosis roja que late en la substancia
perpetua de tu valentía. Es el estremecimiento
de una estrella nueva, un relámpago elástico
que cruza la tierra lleno de amor
para la clase obrera por la que diste todo.
Tu nombre es numeroso, es un temblor perfecto
que sacude mi corazón como un océano puro
de regreso a tu pequeña patria, la tierra de Bolívar
de donde partiste una mañana blanca.
Eres la forma indestructible de la amada bandera,
radicas en las entrañas de las inmensas fábricas
que pueblan como estatuas la vasta geografía patria,
en el orden húmedo de los sembrados
donde el polen fecunda la novedosa tierra
y así crece tu espiga férrea y asombrosa.
Y en las aulas donde los jóvenes recitan
sus sortijas y estrellas tan blancas y pequeñas
que son apenas sal sobre el manto remoto de la tierra,
se refieren los sueños a todo tu heroísmo.

Quedará para siempre tu palabra,
quedará para siempre tu cosecha,
nunca acabará tu humana estatura comunista.

En los verdaderos libros de la Historia
deslumbrará tu breve biografía.

René Rufino Salamanca

(Detenido-desaparecido por la dictadura el 24 de marzo de 1976)

Fuiste, Salamanca, el mejor entre muchos.
Heredaste de otros, todos ellos magníficos,
la fuerza del clasismo. Aquello que lució Peter
y conmovió a los obreros de la carne,
estaba en la esencia pura de tu historia.
Vestiste los atuendos de los mejores comunistas,
la sencillez, la voluntad perfecta, la mente clara.
Tal vez haya que pensarte en la misma Vasena,
en aquella geografía porteña que se llenó de pólvora
y de sangre, cuando la insurrección se bosquejó
en toda su estatura. O en aquellos rebelados
de la inmensa Patagonia, que dieron a la revolución
la dimensión agreste de la helada estepa.
O en los obreros portuarios que se alzaron en huelga
y diseminaron su intransigente semilla combativa
que luego cultivaron todos los proletarios de la patria.
O los obreros ferroviarios, o los albañiles,
o los rudos obreros rurales guerrilleando en los insoportables
feudos de los terratenientes. Todos ellos presentes,
vivos, y en tu apostura, esplendorosos,
de tu indomable pasión revolucionaria.
Fuiste su materia esencial, tanto de martirio y tanto de grandeza,
la conducta insurgente e insuperable, alabanza
decidida en la señal tormentosa del Hombre nuevo.

Todo lo indomable pero sabio
renació en tu estirpe cordobesa
justo un nueve de julio, cuando llegaste
a Laspiur como una promesa merecida.
Y de aquel pequeño espacio entre el cielo y el polvo,
desde las pequeñas alamedas que insinuaba el maíz
con sus panojas doradas, partiste como una bandera
que espera su momento para ser desplegada.

En el torbellino de la Córdoba alzada
el hierro y la consigna se ataron mutuamente
y en la tierra se alzó renovada la lucha callejera
(así brotó el tributo del fuego y de la piedra).
Fue un día de mayo, un 29, espléndido jueves
del que emergió vigoroso el sueño proletario
que tuvo en Lallemant su primer maestro.
Allí estuviste junto a Gody, ardiendo los fuegos
de los insurgentes, proponiéndote lo que otros ni soñaban.

De la Córdoba ardiente y tempestuosa
nació tu triunfo en el SMATA, y el abrazo con Gody,
luminoso. Abrazo unánime en la historia, para siempre,
para todos, la dimensión de la victoria preparada
con el sigilo puro de los comunistas. La célula obrera
fue la precisión de la palabra y el silencio, fue la soberanía
de la voz de los obreros. Cada sección un secreto tesoro,
en las consignas propagadas por el aire, boca a boca,
diciendo los auténticos verbos solidarios,
creció la fraternidad de la mirada, y la verdad comprobada
dio a la esperanza la fuerza del baluarte.
Así ganaste SMATA. Fue tu Partido Partido Comunista Revolucionario

el punto de partida y el puerto de llegada,
y al arribar íntegro y constante,
reconociste la contextura de la lucha obrera
y supiste servir a tu clase y no desmayar nunca.
Los elpidios reptaron en el pútrido barro de los que traicio-
naron
los mandatos de la clase obrera. Y escondido, un chacal
humillado
esperaba su momento. Fuiste perseguido.
Una perrada de uniforme verde te buscó
a destajo para maniatarte, colapsar tus manos,
hundir en el ácido de los tormentos tu palabra.
Fracasaron. Quedaron aullando desdentados
y recitando tantas oraciones inhumanas.

Entonces se conoció tu carta, tu letra diseminó
en el viento una verdad que se decía a medias.
La lucha antigolpista se hizo verbo
entre los obreros del SMATA.
“Y yo ya estoy definido”, proclamaste,
“estoy contra todo golpe de Estado,
venga de donde venga.”
Padres, hijos, hermanos, propagaron el verbo
antigolpista; donde la antigua pampa se unía
al torrencial azul del cielo y anegaba los arrabales
de increíbles tormentas, se supo de la lucha
contra el golpe de Estado “venga de donde venga”.
Los yanquis exigieron tu cacical cabeza,
los rusos reclamaron tu muerte más urgente,
y aquel chacal hediondo con su verde uniforme,
fue el sicario dilecto para la tarea en la noche misma

de la carnicería.
Agrios socavones de los campos de exterminio,
un lodazal de sangre y a terrones la patria hecha pedazos,
supieron de tu infinito coraje comunista.

Ahora estás aquí, omnipresente, días y noches,
indestructible. Todo lo tuyo se ha vuelto la semilla
que regresa a la tierra prodigiosa y germina sin secretos.
Padres, hijos, hermanos, te agitan en la arcoirisada geografía
donde las casas proletarias se alzan en pequeños montículos
de piedra nueva. En los umbríos márgenes del río
se agita tu presencia como una antorcha inmensa
y el agua adquiere la centaura fuerza de la llama.
En las orillas de los mares lejanos está tu nombre,
justo donde la niebla esboza la salobre nube del crepúsculo.

René Rufino, acudes para todos los hombres
y todas las mujeres que buscan ese mismo camino
que recorriste para abrazarte a Gody, aquella tarde
de victoria. En todas las latitudes, embravecido,
surges como la misma patria que reclama
el fin de los chacales y todas sus condenas.

Ángel Manfredi

Ana Sosa

Ángel Manfredi y Ana Sosa

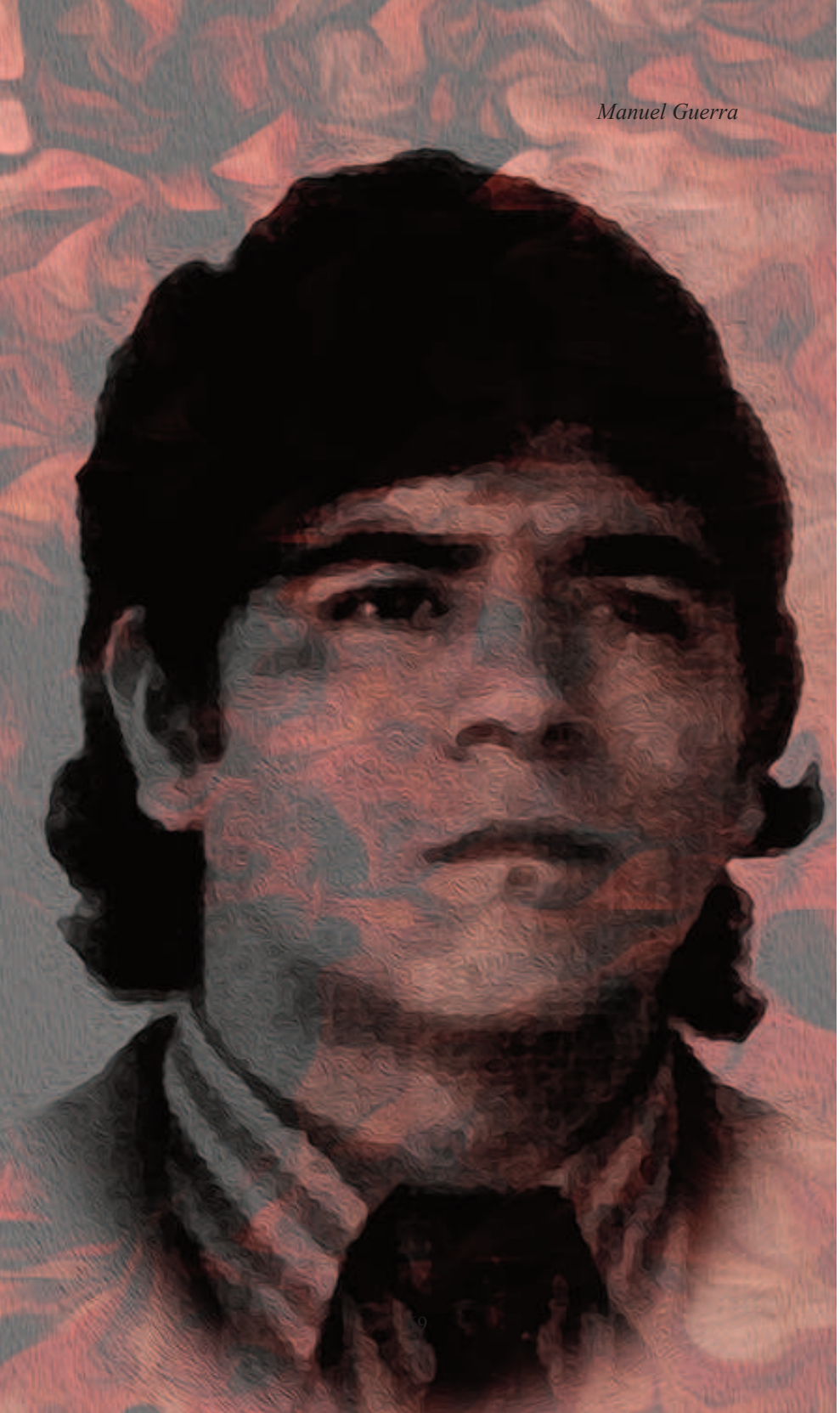
(Detenidos-desaparecidos por la dictadura el 8 de agosto de 1976)

Toco la tierra hostil, tanta corteza al fondo
donde jala la piedra la noche de la muerte
hasta hundirla desnuda en una dentellada.
Allí te encuentro, Ángel,
ahí mismo, interrogo tu rostro, Ana.
Toco la dulce miel de sus arterias,
el subterráneo espacio de los huesos
y hasta la voz en cruz como un silbido
hacia los altos tallos de los cañaverales.
Laten sus corazones con la misma firmeza conocida,
y el arenoso ruido del silencio llama a no bajar los brazos.
El labrador que llora en su recuerdo
honra en su lágrima el coraje hasta regar
la noble semilla que sembraron.
El obrero que porta la madera o el metal sorprendente,
rescata del pozo de la muerte la trasparente dignidad
de ambos. Así surgen siempre las banderas,
son caricias tan poderosas y tan puras
que acompañan por siempre a los que marchan.

La lucha antigolpista abrió la pútrida tripa
del tirano y luego, a ese mismo tirano,
le opusieron la materia sagrada de la patria.
Ángel, Angelito, obrero ferroviario,
tu juventud aún redobla combatiente.

Ana, tu docencia fue herramienta exacta,
tu pasión de la noche al alba, la guía
para hacer en Tucumán lo indispensable.

Vuelven ahora en otras manos,
otros rostros repiten sus sonrisas,
están presentes entre los cosecheros
de los dorados limonares,
en la dulce turbulencia de las cañas,
en el fuego subterráneo de los desocupados.
Nadie los olvida, nadie olvidará la lucha y el martirio
y el coraje militante: palpo esa presencia extraordinaria,
de primavera y armadura y de bandera hasta flamear
altiva y roja en la victoria.



Manuel Guerra "Quebracho"

(Detenido-Desparecido el 1 de noviembre de 1977, por la dictadura violovidelista)

El nombre de este nombre es la madera

Quebracho, roja y sobreviva fuerza. Aquí te nombro.
Donde pasa el Albigasta y besa la arenosa ribera
de la pequeña Frías, naciste. Tu sonrisa era y para siempre,
luminosa y cristalina. Creciste a lomo de caballo
donde tu padre fue minero y tu madre costurera.
Pequeño Frías, feudo de los Fortabat, su latifundio
imponía su tributo de hambre y de pobreza
y allí comenzó tu rebeldía. Dejaste joven tu terruño
para llegar a la Córdoba que prometía su bandera
como el golpe de la piedra en la campana,
anunciando lo nuevo, la rebelión naciente.
En la incesante y eterna metalurgia te hiciste obrero,
y con René Rufino fuiste parte de aquellos proletarios
que devolvieron el SMATA a sus únicos dueños.
Así llegaste al Partido de los comunistas, el Partido de aquellos
que rescataron del lodo de la traición las verdades universales
del marxismo-leninismo. Te conocimos joven. Llegaste junto a Ricardo.
Jóvenes los seguimos, sin escrúpulos. La juventud comunista revolucionaria

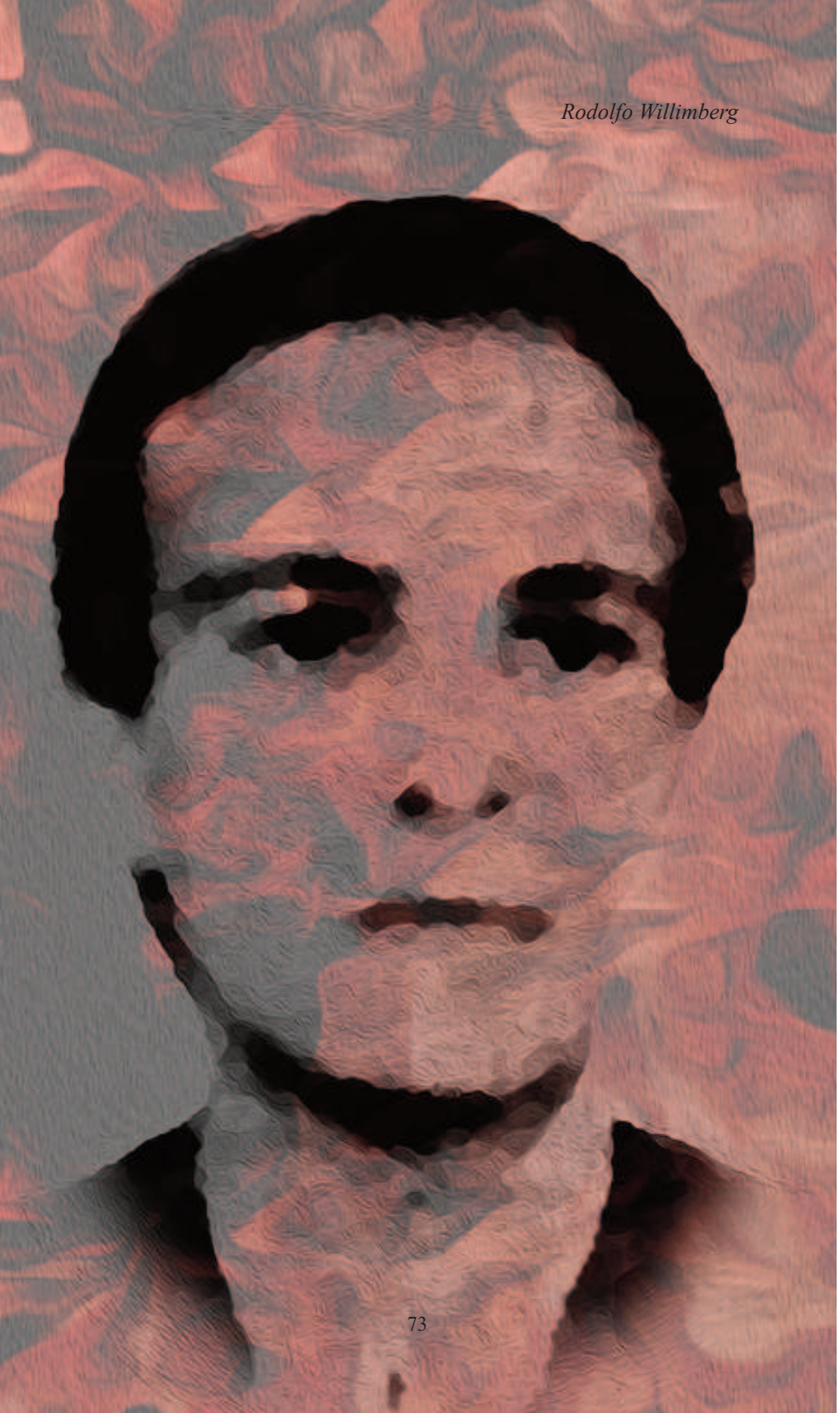
se organizó de sus manos. La fraternidad de los círculos
fue nuestra primera escuela.
Venían de esa Córdoba magnífica, de la luz unánime del SMATA.
Traían el sonido metálico de las populosas asambleas,
el rigor de las células obreras. Entre banderas y libros
se luchó contra la dictadura hasta que cayeron los tiranos.

Luego, Manuel, recorriste la patria preparando la lucha antigolpista.
No hubo camino que no te reconociera. Seguías la desembocadura
de los ríos, sus márgenes roídos por las olas. La venturosa dimensión
de la llanura, la pampa y el cereal dorado donde el viento
replicaba el canto de los pájaros. Los montes, las sierras,
las montañas, el mineral del socavón nocturno, la tierra toda.

El pueblo no pudo derrotar la conspiración de los golpistas,
la muerte se extendió en una llamarada en sangre
y consumió la carne de aquellos que tocaba. Hubo lucha,
hubo huelgas; las Madres de la Plaza llevaban en sus pañuelos
los nombres de una verdad inapelable. Allí estuviste,
siempre con tu sonrisa, tan luminosa y cristalina.

Cuando te secuestraron, la malherida noche
goteó una espuma roja, salitrosa. Lágrimas, a qué negarlo,
un sumo negro al viento de la cólera.

El estigma del tormento no era para nada lejano,
estaba ahí, al alcance de la mano del verdugo, listo,
siempre listo, áspero y bestial, enajenado.
Y a pesar de ello, tu heroico silencio. Tu íntegro silencio,
tu radiante silencio que llegó poderoso hasta nosotros.
Desde los sótanos de la tierra oscurecida nos llegó tu silencio,
que volvió a todos los caminos que habías transitado.
Es bueno así decirlo: hubo en la patria el silencio
glorioso de tu hermoso heroísmo. Por ello te nombramos,
roja y sobreviva fuerza. Hombre y nombre de madera,
pura geografía del árbol poderoso, rojo, inconsumible,
abanderado en el hierro, el Partido ante todo, antes de la propia vida.
Por ello surges siempre poderoso, inagotable, extenso,
y serás la bandera que arribará al futuro victorioso.



Rodolfo Willimberg

(Detenido-Desaparecido el 7 de julio de 1977, por la dictadura violovidelista)

Joven obrero, irradia el golpe azul su limbo rojo
en el metal turbio, sordo, rudo, como ningún otro.
La metalurgia fue tu escuela obrera,
tu umbría patria, de hermanos en la clase,
aquella fábrica donde te secuestraron.
No estabas solo por aquellas horas,
otros, como vos, en otras fábricas, convocaban
a la misma lucha, a la misma trinchera antigolpista
que fue también genuino socavón contra la dictadura.
Una línea de frío esa mañana te tocó de golpe,
era el martirio con su peor garra. No hubo aurora
nueva, pálido cielo sobre tu coraje a la hora
de la infame venganza. Y estaba Curto, pequeña rata,
destilando el veneno en su escritorio, bebiendo
del cuchillo de los matarifes, el coágulo arterial,
la sangre púrpura de quienes había traicionado.

Rodolfo, estirpe proletaria, sustancia roja de bandera,
interminable vuelo hacia el mejor futuro.
Cómo no recordarte, cómo no traerte aquí, recuperarte
desde el misterio subterráneo de tu ausente cuerpo
al nomeolvides nunca de los revolucionarios.
Eres el sustento que no muere, vivo,
hasta el día seguro de la ansiada victoria.
¡Venceremos!

Miguel Magnarelli

(Detenido-desaparecido el 1 de septiembre de 1976 por la dictadura violovidelista)

Miguel:
En Escobar te vieron sin secretos, entre los jóvenes
hermanos enarbolando banderas. Gesto luminoso por las calles,
irradiabas a las humildes casas que abrían sus puertas a tu paso.
Todo en tu voz era martillo contra el viejo yunque
y tus verdades eran el grano vivo que germina en la tierra.

Así en Escobar como en las Islas del Paraná de las Palmas.

De Escobar a las Islas ibas desde la tierra al río
llevando tu juvenil sonrisa, y acompañaba tu paso
el manso sonido subterráneo del viento arrebolado
cuando el fuego arde la hierba seca.

En las Islas del Paraná, serpentinas de agua
y verdes juncos, en sus interminables orillas,
el barro tocaba al pez dorado y echaban sus escamas gotas
de un húmedo perfume oscuro. Allí, donde estuviste
niño y joven, los árboles hirsutos alzaban
sus gruesas ramas y bajo sus sombras los abuelos
te contemplaban de pronto como a una semilla
lista a dar la raíz esperanzada de su pueblo. Serías,
luego, en las mañanas silenciosas, el fruto necesario

que madura renovado hacia el futuro.

Tierras bonaerenses, aquellas, agua, barro
y piedra a la que pertenece el paso del insecto;
las largas sombras rojas del crepúsculo
también te descifraron a la puerta de Ford
llevando la verdad antigolpista. Y allí trabajaste,
valiente, atento, la patria adentro abrasada a la cintura,
proclamando ¡No al golpe de Estado, venga de donde
venga!
Lucha difícil, cruel y mucha como canta el tango,
pero, entonces, sin dudas, la más pura, tan tuya,
tan nuestra y verdadera. El yanqui dijo
"¡Fuera!" Y te llegó el telegrama de despido.

El verdugo telegrafió aquellas letras, lo sabemos,
podemos oír hoy mismo el ruido de sus pústulas
tocando las teclas. Luego, elevó los muros de la cárcel
subterránea, los chupaderos fueron entonces sus santua-
rios,
acurrucó en ellos a sus sarnosos seguidores,
alistó sus instrumentos de malicia, y espero el mes de
marzo.

Cálido marzo de cereales, el maíz se doraba en las prade-
ras,
y entre el fuego y el humo se derramaron de las afiladas
bayonetas las cicatrices en la carne del pueblo.

Así en Escobar como en toda la Patria.

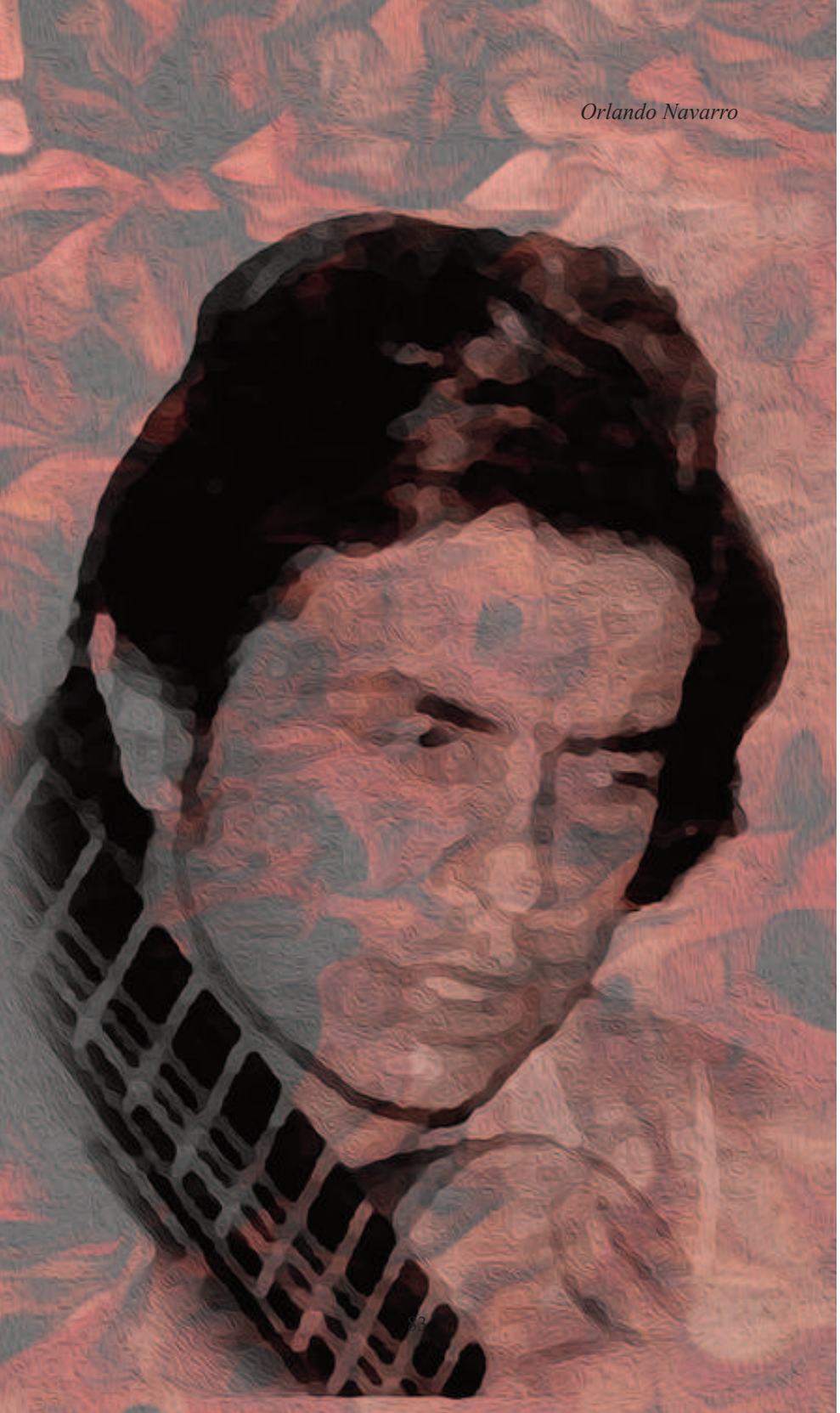
Fue en septiembre que te secuestraron, en la noche
devoraron tu figura, más allá de una luna de sangre
que goteaba su lágrima escarlata. Desde entonces,
tu sonrisa es eterna, es un renacimiento permanente,
una vuelta a los rojos estandartes donde perpetúas
tu hermosa condición de comunista. Estás aquí,
entre todos nosotros, poblando de verdades
nuevamente este mundo. Se percibe tu corazón
latiendo siempre, no hay grito que te borre,
no hay frío que te apague, no hay sombra que te oculte.
Eres, también, la razón por la que persistimos
así en Escobar como en toda la Patria.

Raúl Molina

(Detenido-desaparecido el 5 de octubre de 1976 por el chacal Benjamín Menéndez)

A este verso, sale tu nombre al encuentro,
Raúl, y es palabra viva y luminosa,
no hay ni ápice de destierro en ella, es raíz pura,
roja, turbulenta, que impregna de verdades
como bellas piedras de bruñido brillo
este futuro que nos toca, aquí,
en la misma patria a la que le diste
tus mejores frutos. Raúl, repito tu nombre
para que de él surja tu voz con claridad
diamantina, convocando a la lucha, siempre,
a cada instante cristalina voz sonando
con la transparencia de los vientos, sin amargor
ni queja, y la rescato porque nos es necesaria
como el pan reciente, como el agua fresca
en el cauce más seguro, para que nos enseñes
de todas las cosas necesarias para este combate.
Hablo del coraje, del valor, del amor indestructible
por la clase obrera a pesar del hedor de las tinieblas.
Vos, vencedor, valiente consejero, también danos tu furia,
tu cólera inicial, tu enojo de crepúsculo apasionado
ardiendo las arenas de las serranías de tu Córdoba
hasta fundir las piedras en una única y legítima estirpe.
A dónde nos convoques, Raúl, iremos,
no hay chacal que te encadene, te sumerja
en la noche más oscura. ¡Nunca! Es que tu luz

arremete desde la íntima seguridad del pueblo,
llega hasta los desconocidos rincones donde aparca
el aroma prodigioso de las grandes convicciones.
Raúl, eres una extensa razón en estas tierras,
una fragante bandera de esperanzas,
el vigor de la savia en la madera viva,
el tesón comunista que aviva la victoria.



Orlando Navarro

(Secuestrado, torturado y asesinado por la dictadura el 10 de septiembre de 1976)

Tu cuerpo sobre la fría mesa;
palpitación de sombra en tus heridas
dijo de tu puro coraje. Héroe de Sunchales,
combatiente, fermento federal, santafesino,
hijo de Artigas, aurora en flor tu anatomía
floreciendo al alba día a día,
raíz de patria y piedra inigualable.

Sumergida en la garganta fría,
tu voz sonaba aún como el golpe del acero en el acero,
siempre fuerte, siempreviva,
convocando a la lucha antigolpista
y luego, contra la dictadura genocida.

No selló la muerte tu estandarte rojo,
lo dilató abrazador, potente,
a cada instante, a cada hora,
en la geografía del cielo y de la tierra,
flameando con tu nombre la llanura.
Sigues entre nosotros, eres la guía,
con la huella profunda de los pumas,
y envolviendo tu recuerdo suena
la melodiosa guitarra que templabas,
nota y silencio por el aire cálido
donde se unen en el aquí y ahora
tu prístino valor y tu ternura.

Gabriel Porta

(Detenido-desaparecido el 25 de noviembre de 1976, por la dictadura violovidelista)

Este noble recuerdo, hermano, es tuyo, te pertenece,
la memoria escoge lo mejor de los hombres que no cesan,
que luchan aun después de muertos, tienen amor inmenso
por su pueblo, no temen las noches más oscuras
ni la patria en tinieblas. Tu nombre existe, continúa
y está grabado en la mejor piedra de la mejor cantera,
lo esculpieron jóvenes estudiantes que te reconocen
como el ejemplo al que arribar seguros. La tierra toda
abraza tu recuerdo. Donde crece el maíz rojo y el dorado trigo,
donde el surco palpita con tu huella la agronomía viva
de la potente geografía humana, permaneces,
y en las encendidas corolas que al tacto áspero del viento pampa
se encienden como un fuego de piedra incandescente.
Por ti el racimo rojo de estos versos en tu nombre,
por ti, custodio del patrimonio de los hijos del pueblo,
diste por ellos tu libertad, tu vida, y a ello le cantamos
en las mañanas bajo el cielo infinito, y en las noches
de millones de estrellas centelleantes.

Manuel Álvarez

(Secuestrado el 17 de enero de 1976 en pleno Operativo Independencia, en medio de los preparativos golpistas del 24 de marzo de 1976)

Manuel: en Famaillá se perpetúa tu raíz perfecta.
Tucumano, palpa esa raíz, palpa la esperanzada latitud
de su hondura indestructible. Es que Manuel vuelve
en la dulzura de los cañaverales y sale a la luz incorruptible,
espléndido, en la tierra cálida que vio a Belgrano
defender la verdadera Patria de los crueles invasores
como lo hiciste vos con la entereza del hermoso lapacho.

Fuiste la legítima Independencia, no los sicarios,
los asesinos que sangraron al pueblo a punta de pistola,
los que llenaron de cicatrices la tierra tucumana.
Los bravos obreros tucumanos han llorado por vos
y también los sufridos campesinos que en la lucha
antigolpista perdieron a uno de sus mejores hijos,
más ellos nunca se rindieron, supieron oponer a los chacales
su coraje como en aquella patriada de septiembre,
entre ardientes vientos y nube de langostas.

¿Qué queda hoy del tirano Bussi si no el pudridero de su tumba?
¿Qué queda del chacal si no la mancha oscura de la sangre derramada
por su infinita cobardía? En cambio, vos, Manuel, perduras,
surge del fondo de la tierra como el agua pura
y el pueblo te ha abierto su corazón inmenso, transparente,

mientras los vientos libres diseminan tu ejemplo
de legítima patria en todas las fronteras. Germinarás
para siempre, serás nombrado a la hora del triunfo
y hasta el mismo Belgrano celebrará tu honra.

María Eugenia Irazusta

(Fusilada el 30 de abril de 1976 en el Departamento de la Policía de Córdoba bajo el mando del Chacal Menéndez)

No traigo aquí las balas en tu cuerpo,
ni el hueco ardido en la gota de carne,
ni el hueso dispersado en una esquirla.
Es tu coraje lo que me convoca,
el yacimiento puro de tu valentía,
por los secretos que nunca revelaste
en la porción de Patria donde estuvo Antonio
y donde estuvo también René Rufino.
Arde aún tu humano fuego María Eugenia,
arde en los archipiélagos que dibujó
tu sangre y que bebió la tierra
aquel abril que devoró tu vida.
Tu sangre echó raíz inigualable,
y así tornaste inagotable, augusta,
y cuando te nombro, sin evitar mi llanto,
creces como el árbol de la vida
transformada en la luz que de él emana
y nos rodea. Así te precisamos, deslumbrante,
justo aquí, junto a los tuyos,
flameando en los gloriosos estandartes
que alguna vez alzaste por nosotros,
por aquellos obreros del SMATA,
por los que abren el surco para sembrar el trigo,
por los estudiantes de las viejas escuelas,
por las mujeres que destruyen sus milenarios martirios.

María Eugenia, generosa heroína,
tu lucha es nuestra lucha y continúa
hasta alcanzar la victoria que soñaste.

Daniel Bendersky

Miguel Ángel Spinella

Daniel Bendersky

(Detenido-desaparecido el 16 de agosto de 1978 por la dictadura violovidelista)

Miguel Ángel Spinella

(Detenido-desaparecido el 14 de septiembre de 1978 por la dictadura violovidelista)

Los matarifes de este lado de América
hurgaron las cenizas de los muertos recientes
y bebieron la sangre de los decapitados.
Chile era una injuria oscura y nuestra patria, otra.
Los tiranos empuñaron a sus anchas
los modos oscuros del brutal exterminio
y el rito de la muerte se ejecutó implacable.
Luego esos carniceros se sentaron a pensar una guerra
por tres pequeñas Islas: Picton, Lenox y Nueva. 1977

Entonces la guerra fratricida amenazó los pueblos.
Yanquis y rusos disputaban la sufrida América Latina,
Wall Street y London Stock Exchange alababan a Pinochet,
satélite porcino de los mercaderes, asesino de su pueblo.
La oligarquía soviética defendía en los estrados del mundo
los crímenes de la dictadura videlista, mientras los falsos comunistas
pregonaban ignorando la sangre derramada
"en Argentina no hay ninguna dictadura".

A cada lado de los Andes seculares
se prometió la muerte a raudales, la sangre correría
taciturna entre la piedra y el odio espeso
sería derramado en el océano y en la estepa
en una púrpura y grasienta mancha.

Cada tirano hacía sus propias cuentas,
medían la carne chamuscada por el fuego,
la sangre hirviendo en las hogueras,
los vuelos de la muerte en las ardientes tormentas
ferruginosas de las bombas,
diseminados los huesos triturados
como la más estéril de todas las semillas.

La paz era una urgencia entre fronteras
tanto en nuestra patria como en la patria chilena.

Aquí, en este lado del silencio, donde la sangre
corría por la tierra y el cautiverio clandestino
abundaba en las tinieblas de los chupaderos,
los generales de la dictadura preparaban la muerte
y la ofrecían como quien ofrece al hambriento pan
y al sediento la más pura de las aguas.

Celebraron sanguinarios su mundial de fútbol, 1978
entre los campos de exterminio rodó sombría la pelota
y su victoria se hundió como un cuchillo en el corazón del pueblo.
La victoria embriagó a los generales con el zumo de la muerte
y ebrios celebraron sus preparativos de guerra fratricida.

¡Iremos a la guerra! Proclamaba Videla entre los genocidas.
¡En quince días mearemos en el Pacífico! Aullaba
el Chacal goteando sangre de sus manos homicidas.

Ellos llamaban a la muerte, hora tras hora, envueltos
en alambres de púas y llenaban las bocas del pueblo con espinas.
Sus sangrientos mercaderes anhelaban hacer grandes ganancias
depositando los muertos en sus cuentas bancarias
y Martínez de Hoz custodiaría las magníficas fortunas.

Daniel y Miguel Ángel, como muchos otros
comunistas revolucionarios, lucharon por la paz
de los pueblos hermanos. Ellos difundieron
el póstumo temblor rebelde de Lautaro
que empuñó San Martín cuando emprendió
su gran empresa, y el abrazo palpitante
de San Martín y O'Higgins en los campos de Maipú
cuando triunfó la independencia americana.
Es que Daniel y Miguel Ángel fueron hechos
con la argamasa primigenia de la revolución americana,
con la fecunda molécula de los bravos comunistas
que alzaron el mejor estandarte, el de los proletarios,
y lucharon con razón y con justicia. Los secuestraron
para acallar su voz, para ahogar en sangre sus verdades.

Los planes de guerra fueron derrotados,
y cada carnicero mordió su rabia. El triunfo del pueblo
en nuestra Patria, fue el principio del fin de la dictadura.

La Historia así se torna inolvidable,
adquiere la dimensión del vuelo de las águilas
que se alzan como espectros sagrados por los Andes
a un lado y otro de la extendida cordillera.

Allí están Daniel y Miguel Ángel,
en esa magnitud están nombrados.
En la reverencia de la piedra se escribieron
sus nombres como un inviolable juramento.

No los olvidamos. No los olvidaremos.

Sofía Tomasa Cardoso

(Detenida-desaparecida el 3 de noviembre de 1977 por la dictadura violovidelista)

No es la cruel cerámica la que dice tu nombre.
Las palabras te nombran, no hay olvidos,
es tu corazón de madre y tu dulce sonrisa
y tu puro coraje de femenina fuerza
la que llega a este presente de renovadas luchas.

Hay todavía un fuego de relámpago
que cruza el cielo en una cicatriz profunda
e inscribe tu nombre y el de otras obreras
en un horizonte indestructible.
Sofía, Dominga, Felicidad, Elba,
en ese idioma sin secretos la esperanza
las nombra en cuatro gotas de campanas
y en el arcoirisado vuelo de las mariposas.

Un día, una vida, un para siempre, Sofía, madre, obrera,
desplegaste el relámpago de la mejor bandera
que izaste al paso de los obreros ceramistas,
aquellos que moldeaban azulinos los cántaros,
los amanecidos utensilios coralinos,
las formas secretas de la loza blanca,
los que te conocieron incesante y combativa
entre la atmósfera espesa de la arcilla.

Luchaste contra el golpe de Estado
“venga de donde venga”, porque eso hicimos

los comunistas revolucionarios. Fue mucha la lucha,
y en ella nos fueron lágrimas y sangre. No pudimos triunfar
y en ese marzo se consumó la afrenta. 24 de marzo de 1976
Una jauría tomó la patria por asalto,
tierra, cielo, aire, nombres, músculos, labios,
músicas, versos, risas fueron sometidos al odio del tirano.
La dictadura vino a sepultar la patria,
a ahogarla en un almizcle de sangre y de tiniebla.
De las bayonetas salieron los decretos de matanzas:
aniquilar la juventud, secuestrar miles,
arrojar hombres y mujeres a los ríos y mares.
La explotación fue el catecismo cotidiano
y la catedral de los Grupos de Tarea, el pudridero.
Volvieron con ellos en formas renovadas
la opresión brutal de los conquistadores,
y como aquellos, pretendieron
sepultar con su estiércol nuestras vidas.

La materia oscura de la plusvalía se extrajo
a destajo de la médula de hombres y mujeres
hasta la agonía de músculos y huesos.
Entonces, como siempre, desde los tiempos
de las primeras huelgas, la rebelión llegó
por los caminos de la valentía.
Aquellos obreros ceramistas
en esa populosa latitud bonaerense
fueron a la lucha por lo que les fue arrebatado.
Y estabas vos, Sofía, y estaban Dominga, Felicidad, Elba,
cuatro instantes de la luz en la altura,
cuatro mujeres en la primera línea del combate.

Llegaron a la fábrica los chacales,
fueron en furia de patota, labios de sangre
a dentelladas, a diseminar la muerte en los obreros,
a hundir la oscura mordedura en nombre del tirano,
a desgarrar al pueblo, y a encadenarlo, y a hundirlo
en las mazmorras de los chupaderos.
Ellos empuñaron la matanza
y eso no se perdona, ¡eso no se perdona!

Sofía, te secuestraron, te sacaron de tu casa
en la noche clandestina, noche oscura de la entraña del abismo.
Fueron a apagar la luz que precipita la mejor de tus semillas,
a oscurecer el destello titánico de quien nunca se rinde.

Por todo ello te nombramos en tu condición
indestructible de bandera, de relámpago rojo,
inagotable y duradero, y traemos a estos versos tu nombre,
reconocemos tu rostro, palpamos tu sonrisa y hablamos
de tus enseñanzas en estos días de renovada lucha.

Sofía, camarada, aquí nadie te ha olvidado.

Hugo Garelik

Américo Eiza

Hugo Garelik

(Detenido-desaparecido el 29 de noviembre de 1977 en Mar del Plata por la dictadura violovidelista).

Américo Eiza

(Detenido-desaparecido el 3 de diciembre de 1977 en Mar del Plata por la dictadura violovidelista).

Juan Telmo Ortiz

(Detenido-desaparecido el 14 de diciembre de 1977 en Mar del Plata por la dictadura violovidelista).

Hugo,
Américo,
Juan Telmo,
lámparas en medio de tormentas,
luz de coraje contra las injusticias
diseminadas por los buitres, luz que no deja de brillar
desde hace décadas. Y aquí nos ilumina,
agitando su brillo de desafiante fuerza
vencedora, separando la muerte de la vida,
la lágrima marina en la tragedia
de las atrevidas sonrisas de los nuevos camaradas.

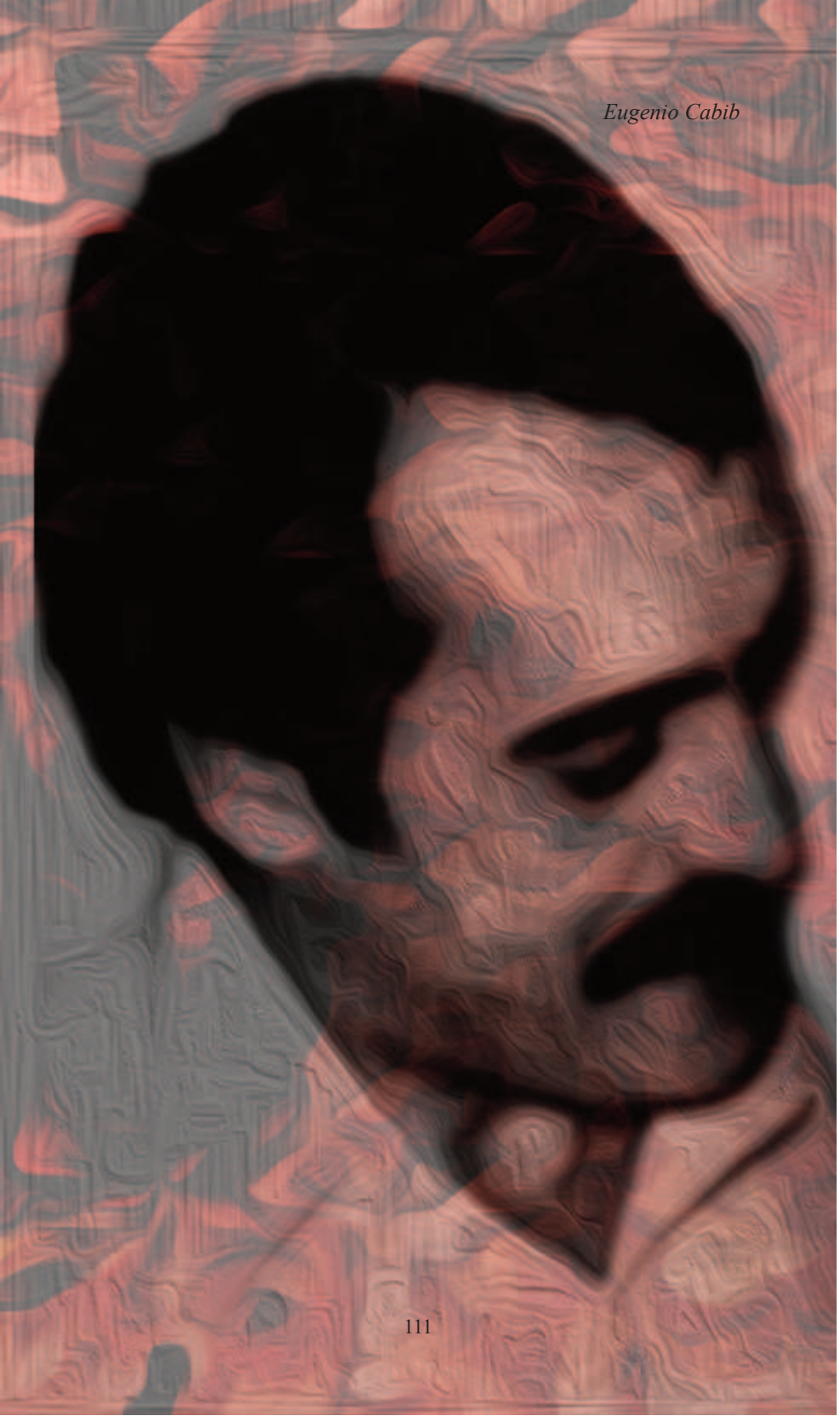
Hugo, los estudiantes te enarbolan
altos los mástiles y envuelto el pabellón en el aroma

salino del océano dicen tu nombre y a él consagran
la renovada aurora de la piedra marina.
Así renace tu humana condición de militante,
y el rumor de tu voz asamblearia suena potente,
invisible e indestructible como la esperanza de mi pueblo.
De esa misma esperanza renace Américo a tu lado
dictando dulcemente los viejos himnos proletarios
que vuelven a cantarse en las riberas amarillas de la arena
y que reclaman ¡arriba los pobres del mundo!
¡De pie los esclavos sin pan! Y el viento extiende
el golpe rojo de los versos y asombra la geografía
de los populosos barrios del gran Mar del Plata,
donde se alzan los barrios de los pescadores,
de las obreras y los obreros fileteros,
de los nadies que cargan el mundo sobre sus espaldas.

De esos barrios obreros salió Juan Telmo, niño,
de atolondrada cabellera oscura, de ojos vivos,
a lustrar zapatos y ganarse la vida. Juan Telmo,
así empezó tu decidido caminar en la lucha,
junto a los pescadores y sus frágiles barcos
en los amaneceres del mar junto a la piedra
donde los fileteros y las fileteras esperaban fumando
la suerte de una larga jornada de trabajo.
Fuiste un luchador antigolpista, tu juvenil voz
proclamó “Unirse y armarse para enfrentar al golpe”,
“contra todo golpe de Estado prorruso o pro yanqui”.
Los chacales criminales te sacaron de noche de tu casa,
lucían sus verdes uniformes, venían de masticar la Patria
que llenaron de heridas.

Hugo,
Américo,
Juan Telmo,
ustedes son la patria, mar y tierra, sal y arena,
echan a la eternidad raíces hasta el dominio
puro de la verdadera historia y el Partido
los envuelve en sus banderas.

Partido Comunista
Revolucionario



Eugenio Cabib

(Detenido-desaparecido el 11 de noviembre de 1976 por la dictadura violovidelista)

De todas las palabras que te nombran
surge tu militancia. De los sucesos más humanos
tu figura. Si invoco los viejos himnos proletarios
o las banderas izadas en aquellas jornadas,
llegas, Eugenio, sin secretos, como el ave desciende
de las verdes alturas de los antiguos árboles.
Llamo a tus cicatrices para reconocerlas,
para palpar en ellas la sustancia intacta del coraje,
la geografía de los días y las noches de tus luchas
antes y después de CAMEA, antes y después
del Golpe y de la sangrienta dictadura.
Llegas con el clandestino impulso de los comunistas,
sin edad, en la estatura de lo heroico,
de la indispensable anchura de piedra
y selva de la patria, en el puro planeta
de la sal y la pólvora donde la luna
envuelta en las hebras rojas de las nubes
suena su blanca campanada. En toda la patria
tu ejemplo se comparte como el pan
se comparte en cada mesa proletaria.

Inolvidables aquellos que derramaron su amor
por este pueblo, los que unieron su carne con la tierra,
los que hicieron de su ausencia una raíz esplendorosa,
indómita, un golpe decisivo de bandera.

María Ortiz de Satuto

Antonio Satuto

María Ortiz de Satuto

Antonio Satuto

(Detenidos-desaparecidos el 28 de julio de 1978, por la dictadura violovidelista)

María y Antonio, oriundos de Mar del Plata

María y Antonio, en una roca roja están grabados sus nombres.
La titánica fuerza del Mar Argentino los esculpió a golpe
de olas.
Es una tempestuosa roca bordada por la espuma,
es sal y metal y orgullo del primitivo mineral turgente
entregado a las aguas para ser un instante de recuerdo
de perfecta memoria marinera, de nomeolvides nunca
porque allí viven para siempre quienes no se rindieron.
Sobre esa roca roja flamean los eternos pabellones rojos
que quienes los sucedieron alzan día a día y persisten
los caminos que ustedes transitaron a pasos de relámpago
en las atlánticas mañanas blancas y en las deslumbrantes
noches untadas de perfumes salinos. La gloria sabe
de su entrega que llega a nuestros días y la multiplica
en los cortes de ruta, en las renovadas huelgas,
en las luchas que día a día se suceden en toda
la extensa geografía de la patria. María y Antonio,
gotas enérgicas de inagotable fuego, serán la chispa
que incendiará la pradera.

Jorge "Yiyo" Andreani

(Detenido-desaparecido el 5 de julio de 1977, por la dictadura violovidelista. Su caso fue juzgado en la causa contra el sacerdote de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Cristian Von Wernich en noviembre de 2007).

I

Cristian Von Wernich:
¿Hablaste en nombre de Dios? ¿En nombre
de Dios echaste a la muerte tenebrosa
a los prisioneros haciendo con tus cruces puñales?
¿Ese fue tu podrido privilegio?
¿En nombre de qué dios comulgaste a los sicarios?
¿Les diste pan y vino para que celebraran
o bebieron la sangre de los condenados?
Toda la muerte pasó por tu rosario,
cuencas amasadas en sangre, y de eslabón
a eslabón la tentación anélida de los espectros.
Capellán de la muerte, la noche en tus bolsillos
devorando la hostia tétrica de tu evangelio.
Y junto a vos, la escoria de un patético General
y un triste Comisario descuartizando la vida
en mínimas porciones, de cacería en cacería,
noche a noche, día a día, hurgando la sangre
en la desembocadura de un río de ceniza,
piedra y grasa del martirio rojo de la carne humana
que fue de pronto la argamasa dolorosa
de la iglesia erigida sobre las calaveras rotas

Ramón Camps
Miguel Etchecolatz

por el golpe en la propagación de los cuchillos,
la eléctrica tiniebla marchitando los labios y los ojos,
la profanación del ovario y el turbio salmo
recitado los domingos. Nada permaneció en secreto,
de todo se supo, de los lobos hambrientos
recorriendo los patéticos callejones entre calabozos
que escondían los cuerpos de los condenados
donde los bendecía el cura con su agua leprosa,
juntando los racimos de carne para al final de la jornada
regurgitarlos cada noche, y emprender finalmente
los vuelos de la muerte para arrojar a los prisioneros
a la profundidad lodosa de los helados ríos
y hasta la oscuridad arenosa de los fondos marinos.
¿Dios? ¿Dioses? Gusano encarnizado,
crucificados en estiércol, la majestad de todo lo vivo
en un fragmento apenas palpitante.

II

Yiyo, Norman Betune te recibe en sus brazos,
levanta sus manos para ofrecerte el esplendor
de los pétalos de su propia humanidad. Es el amor
que crece en medio de la Patria dolida. Tu sonrisa
sale del cautiverio y llega aquí, pura, dichosa,
astuta, innumerable. Son afortunados los jóvenes
que recogen tu nombre amparador, tu corazón
adelantado, el augusto cristal iridiscente
de tus serenos ojos que miran optimista
el futuro de los legítimos revolucionarios.
Resplandeciente la bandera proletaria
extiende su propio universo indestructible

y ahí te congregas, Yiyo, con los tuyos,
palpitando en la tierra, nuevamente,
naciendo donde vuelca la luna su milenaria lámpara
o donde el sol ejerce su dorado dominio y la libertad
no se proclama, se conquista. Quédate
en nuestras manos, sin falsos juramentos,
sé nuestra secreta insurrección humana,
la semilla colectiva que brota como pólvora
en la sufrida patria y en ella estableciendo
tu indomable y torrencial bandera.

Enriquito Imhoff

(Asesinado el 22 de mayo de 1983, por esbirros de la dictadura. Tenía apenas un año y medio de edad. Fruto de la incesante lucha popular, en 2006 era detenido Walter Pagano, sindicado por otro represor, Gustavo Bueno, como el autor material del asesinato de Enriquito.)

"Para el verdugo que mandó esta muerte pido castigo."
Pablo Neruda

I

Nocturno para el niño Enrique

Niño, no se cierren tus ojos, estén abiertos.
Mira las estrellas brillar eternamente
y oye la canción del viento entre los árboles
que llega en una ráfaga azul en cada noche.

Niño, que las aromadas hebras de un jazmín te arropen,
el polen de la flor y la pluma del ave te deslumbren
y bajo el frágil capullo del lunario de lágrimas
se pose sobre tu rosado pecho un pétalo de agua.

Niño, que esté tu corazón latente y vibre iridiscente
como un colibrí en el pequeño recinto de tu pecho.

Entonces, ríe, mereces la sonrisa, ríe abiertamente
bajo la copa augusta de la egregia noche
donde lucen las estrellas su inmensa lejanía

que ya llegará el tiempo de arrorró mi niño
y el sueño será la paz en el momento justo,
la extensión impalpable del silencio nocturno.

II

Muerte del niño

Cuando te asesinaron, niño, tu muerte fueron todas.

Murió también la Patria, las banderas,
los himnos que cantamos, en tu muerte, todas
se reunieron en una tiniebla poderosa.

Cuando te asesinaron, niño, tu muerte fueron todas.

Cada una de ellas en el golpe brutal. Todas ellas
se agruparon y vencieron a la luz que se apagó en el golpe,
la órbita de la tierra que estremeció a la luna,
los vestigios del viento que se hicieron arcilla,
la calma terrestre que fue puesta de rodillas.
Vencieron a las palabras que ya no tuvieron sentido
y todo pareció detenerse para siempre.

Cuando te asesinaron, niño, tu muerte fueron todas.

La muerte en el filo del cuchillo,
la muerte en el fuego de la bala,
la muerte en la oquedad del pozo,
la muerte en el recinto de la muerte,
la muerte en el golpe letal

del sicario de los dictadores,
que nos golpeó en el pecho,
como el mazo contra el yunque,
como el mar contra la roca,
el huracán contra la selva.

No fue una sola muerte,
fueron todas.
Nosotros las lloramos,
lloramos en tu muerte
a todas ellas
y en todas ellas lloramos
cuando te asesinaron
y no tuvimos consuelo
en ese instante de piedra.

III

El asesino del niño

Gustavo Bueno, asesino.
Tu cuerpo estaba lleno de muerte.
Tu sangre estaba inmóvil,
detenida en el momento
exacto de tu crimen.
Tu corazón latía
a dentellada verde
y allí el gusano horadaba
la víscera hasta el fondo
de tu podredumbre.

Llevabas el espanto en el pellejo,
ungüento fatal del lodo del sepulcro
de aquellos que mataste por orden del tirano.
La muerte está contigo y es tu espectro,
la cargas como un bulto en tus espaldas,
te arrastra al recinto miserable
donde caen los asesinos de niños
al final de sus días para ser eternamente
devorados. Es tu sacramento.
¿Qué hostia comulgaste cuando tu crimen?
¿Qué sacerdote te apañó en su sacristía?
¿Qué general te condecoró el martirio?

IV

Juicio y castigo

Para el verdugo que mandó esta muerte pido castigo.

Para Gustavo Bueno, pido castigo.

Por cada uno de los asesinos, pido castigo.

Por su veneno pavoroso,
por los sufrimientos repartidos,
por su infinita cobardía,
por la sangre derramada,
por el verdugo a sueldo de quien no conocemos su rostro,
por sus mandones infernales detrás de una máscara de cera,
no habrá manera de esconder los crímenes,
de los que arrojaron a los ríos,

de los que arrojaron a los mares,
de quienes ardieron en los crematorios,
de quienes fueron sepultados en las noches,
no habrá manera de esconder los crímenes,
de ocultarse en los lupanares y los pudrideros de la
muerte.

Todos los muertos vuelven de su muerte
en la renovada primavera de la patria. Vuelven
desde los juncales de las extensas riberas de los ríos,
desde la sal y la piedra y los vientos del Atlántico,
de las cenizas rojas de los inagotables fuegos,
de las salpicaduras blancas de las lejanas estrellas.

Todos vuelven y los recibimos con los puños en alto.

V

Resurrección

Vuelve a nosotros este niño
del territorio de la muerte al de la vida,
el pueblo le da el soplo vital y su ternura
lo envuelve en la bandera de la patria
y en el rojo crucial del puro estandarte
de los comunistas. Estás en el tiempo
eterno, a cada hora, en cada lucha,
y tu flor ejemplar brilla en tus ojos,
brilla tu sonrisa como el sol milenario
y alumbra los caminos sinuosos de la lucha.
Niño, pequeño fuego inagotable,

tempestad breve, solemne eternidad,
condúcenos por el camino de la justa victoria.
Allí te ofreceremos a manos llenas
nuestro amor comunista para entibiarte,
darte el porvenir en un puñado risas,
para cobijarte de todas las desgracias.

No ceses nunca, sigue, muestra el camino,
que tu pequeña huella sea señal de lo que anhela
la inmensa mayoría de las desventuradas
y los desventurados. Lo que los pobres del mundo
esperan luego de cada son de la Internacional.

Segunda edición

Marzo de 2024 - Buenos Aires
República Argentina